
Un romance prohibido de segunda oportunidad
UNA NOCHE CON MI
casi
CUÑADO
AMARA WELLS

Una noche con mi casi cuñado

Un romance prohibido de segunda oportunidad

Amara Wells

Derechos de autor



Copyright © 2024 por Amara Wells
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso por escrito del editor o del autor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.
La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.
Diseño de portada de Amara Wells

Contents

Nota del autor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Sobre Amara Wells

Nota del autor



Este libro ha sido traducido automáticamente del inglés. El autor pide disculpas por cualquier error. Por favor, envíame un correo electrónico a amara@amarawells.com con las correcciones. Muchas gracias.

Capítulo 1



OLIVIA

El mundo se desdibuja a mi alrededor, reducido a un sordo ruido de fondo mientras la sangre se agolpa en mis oídos. Esto no puede ser real. Debe de ser una broma cruel y retorcida. Una pesadilla de la que despertaré en cualquier momento. Pero las palabras de la pantalla del teléfono de Evan permanecen obstinadamente, cada una de ellas una daga en mi corazón.

Evan había ido al baño y yo estaba mirando la hora en su teléfono cuando un mensaje de texto me llamó la atención. Se había enviado hacía varias horas.

Alexis

> Estoy deseando volver a estar en tus brazos esta noche, amante. Escápate cuando Liv esté dormida. Quiero tenerte una vez más antes de casaros oficialmente.

Casada. Conmigo. En menos de 24 horas. O eso creía yo.

Me tiemblan las manos mientras releo el mensaje una y otra vez, deseando que cambie el nombre del remitente. Pero sigue ahí, burlándose de mí: Alexis. Mi hermana.

De repente, el lujoso bar del hotel me resulta sofocante y la música de buen gusto, chirriante. El diamante de mi dedo pesa mil kilos. Levanto la vista, borrosa por las lágrimas no derramadas, y veo a Evan caminando hacia mí, con Alexis a su paso. La suave luz proyecta un halo alrededor de sus cabezas doradas. La pareja perfecta.

Me sube la bilis a la garganta. ¿Se escabulleron para echar un polvo rápido en el baño? ¿Sellaron su traición con un beso mientras yo estaba aquí sentada como una tonta, soñando con la eternidad?

Por mis venas corre una furia candente que anula el entumecimiento. Me pongo en pie antes de darme cuenta, con el teléfono de Evan entre mis nudillos blancos.

"¿Nena? ¿Qué te pasa?" El ceño de Evan se frunce con una preocupación que ahora veo que es tan falsa como su fidelidad.

"No lo hagas". Retrocedo cuando se acerca a mí, mi voz es puro veneno. "No te atrevas a tocarme, pedazo de mierda mentirosa y tramposa".

Los ojos de Alexis se abren de par en par antes de estrecharse en un frío cálculo. Mira a Evan y sus labios se curvan con una satisfacción petulante que me dan ganas de gritar.

"Liv, cariño, hablemos de esto en privado", me tranquiliza Evan, pero puedo ver las grietas en su suave máscara. Me alegro. Deja que se retuerza.

¿"En privado"? ¿Como si hubieras estado hablando con mi hermana a mis espaldas? ¿Follándotela a mis espaldas?" Mi voz se eleva a un tono casi histérico, atrayendo miradas curiosas. Me da igual. Que miren. Que todo el mundo vea la verdad.

"No es... no es lo que parece", balbucea Evan, pero yo ya le estoy empujando el teléfono contra el pecho.

"¡Mentirosa!" Me corren lágrimas calientes por la cara. "Está todo aquí, cada sórdido detalle".

"Liv, deja de montar una escena", sisea Alexis, resquebrajándose su compostura de reina de hielo. "No es más que un malentendido".

Una risa áspera y entrecortada me raspa la garganta. "¿Un malentendido? ¿Qué hay que malinterpretar sobre 'Quiero tenerte una vez más'? ¿Sobre que te folles a mi prometido?"

Siento la palabra como un ácido en la lengua. Prometido. Menuda broma. El futuro que creía estar construyendo, el final feliz en el que tontamente creía, se derrumba como un castillo de naipes.

"Se cancela la boda". Mi voz suena con una finalidad que no sabía que poseía. "No quiero volver a veros a ninguno de los dos. Os merecéis el uno al otro".

Giro sobre mis talones y huyo, los sollozos que he estado conteniendo estallan al llegar a los ascensores. No recuerdo el trayecto hasta mi habitación, sólo el dolor punzante en el pecho, el rugido en los oídos.

Sólo cuando la puerta se cierra tras de mí, me derrumbo y las rodillas me fallan al hundirme en la alfombra de felpa. El cuento de hadas ha terminado. La princesa ha sido tomada por tonta por las dos personas en las que más confiaba.

Y ahora me quedo sola en mi torre, con mis sueños destrozados como los trozos mellados de mi corazón roto.

Capítulo 2



OLIVIA

El incesante ping de mi teléfono me saca de mi miserable estupor. Levanto la cabeza de la almohada manchada de lágrimas, con la tela fría y húmeda contra la mejilla, y miro fijamente el aparato. 42 mensajes de texto nuevos y 17 llamadas perdidas. No me molesto en leer o escuchar ninguno de ellos antes de arrojar el teléfono al otro lado de la habitación con un repentino arrebato de ira. Choca contra la pared con un ruido sordo e insatisfactorio y cae boca abajo sobre la lujosa moqueta de marfil de la suite nupcial.

La suite nupcial. Qué broma más cruel. Recuerdo cuando salí del bar y me desmayé en la habitación. Al final me levanté, me sequé las lágrimas y bajé a recepción, exigiendo que me hicieran nuevas llaves y dejando a Evan fuera de la habitación que se suponía que era nuestro refugio romántico. Por suerte, la reserva estaba a mi nombre. Cuando volví a subir, entumecida y como un robot, tiré sistemáticamente todas sus pertenencias por la puerta, sin importarme si me las robaban. Le envié un mensaje para que viniera a recoger sus cosas, una última cortesía que no se merecía; una parte de mí esperaba que alguien se lo llevara todo. Se lo tendría bien merecido.

Ahora es la mañana siguiente a la que se suponía que me iba a casar. Me tumbo de espaldas en la cama grande, aún con la ropa arrugada de ayer, la tela arrugada y rancia con el olor de mi desesperación. ¿De verdad hacía menos de 48 horas que todo mi mundo había implosionado? Tras dar la devastadora noticia a mis padres y pedirle a mi madre que se encargara de cancelarlo todo con los invitados y los proveedores, pasé las interminables horas transcurridas desde entonces encerrada en este remedo de suite nupcial, alternando entre sollozar hasta ahogarme por la fuerza de mi dolor y mirar entumecida las paredes beige de buen gusto, sin ver nada. Nunca había sentido un dolor así, tan visceral y absorbente. El dolor es abrasador, como si me hubieran desgarrado el corazón, dejando una herida abierta y rasgada que nada puede curar.

¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Después de todo lo que hemos pasado, de todos los planes que hicimos, del futuro que imaginamos? Creía que me quería. Creía que le conocía mejor que nadie, que había visto más allá del exterior exitoso y encantador al verdadero Evan que había debajo. Qué ingenua fui. Puedo imaginármelo ahora, a él y a Alexis riéndose de mí a mis espaldas, divertidos con la pobre y despistada Olivia, que era demasiado estúpida y confiada para ver lo que estaba ocurriendo delante de sus narices. La pareja perfecta, tan bien avenidos en su crueldad.

Unas lágrimas frescas escuecen mis ojos en carne viva e hinchados y las dejo caer, demasiado agotada para luchar contra su implacable camino. Lloro por el hermoso futuro que perdí, por el amor que creí real e inquebrantable y por el crédulo idiota que se tragó el cuento de hadas, sólo para que se convirtiera en una pesadilla. Lloro hasta que me duele la cabeza como si me la estuvieran apretando con una mordaza y tengo la garganta en carne viva, hasta que no queda nada dentro de mí, excepto un enorme agujero negro de desesperación y humillación.

Agotada, me dejo llevar por un sueño agitado. Lo siguiente que recuerdo es un golpe seco en la puerta, que me despierta aturdida. Levanto la cabeza dolorida y entrecierro los ojos contra la luz del sol, demasiado brillante, que se cuela por un resquicio de las cortinas. Probablemente la asistenta. Vienen a limpiar el patético desastre que es mi vida.

"Vete", grazno hacia la puerta, con la voz fina y áspera por el desuso y el llanto. Pero los golpes son cada vez más insistentes y oigo una voz apagada que me llama por mi nombre, llena de preocupación.

"¿Olivia? Cariño, soy mamá. Abre, cariño".

Mamá. Un sollozo roto lucha por salir de mi pecho. No estoy preparada para enfrentarme a ella, para ver mi dolor reflejado en sus ojos, manchados de lástima y decepción paterna. Pero conozco a mi madre, y no se irá hasta que la deje entrar para que me asfixie con su simpatía bienintencionada. Me arrastro fuera de las sábanas enredadas, con las articulaciones crujiendo como las de una mujer mucho mayor, y tropiezo con la puerta, vislumbrando borrosamente mi cara hinchada y manchada de rímel en el espejo. Parezco un payaso triste o un extra de una película de zombis de bajo presupuesto.

Abro la puerta a regañadientes y aparece el rostro preocupado de mi madre, con sus ojos verdes, tan parecidos a los míos, que se agrandan de asombro al ver mi aspecto. Sé que mi aspecto debe de ser aún peor de lo que me siento, lo cual ya es mucho decir.

"Cariño", murmura, con voz suave y comprensiva, mientras me empuja suavemente hacia la habitación. La veo contemplar la patética escena: la cama desarreglada en la que claramente no

se ha dormido bien, los pañuelos usados esparcidos por todas las superficies, las bandejas plateadas del servicio de habitaciones sin tocar con su comida congelada y desperdiciada. La observo mientras recompone el sórdido cuadro, su expresión se arruga de compasiva pena, sintiendo una nueva oleada de vergüenza. Sin decir palabra, me abre los brazos y caigo en ellos como si volviera a ser una niña perdida, aferrándome al consuelo familiar de su abrazo mientras sollozos entrecortados sacuden todo mi cuerpo.

Me abraza mientras lloro, con una mano acariciándome el pelo enmarañado y la otra frotándome la espalda en círculos tranquilizadores, haciendo los mismos ruidos que solía hacer cuando yo era una niña con una rodilla raspada o un juguete roto. Pero no hay venda lo bastante grande para cubrir la herida abierta y dentada de mi pecho, ni beso maternal que pueda curar esta teta.

"Sé que duele", dice suavemente cuando mis violentas lágrimas por fin se reducen a respiraciones entrecortadas. "Sé que parece el fin del mundo. Pero sobrevivirás a esto, Olivia. Eres mucho más fuerte de lo que crees".

Resoplo y me limpio la nariz con la manga de mi blusa arrugada, sintiéndome como si tuviera cinco años. "No me siento fuerte", confieso, con la voz pequeña y perdida para mis propios oídos. "Me siento rota. Destrozada. Como si nunca fuera a volver a estar entera".

"Lo sé, cariño. El desamor es una putada". Ahogo una risa acuosa y gorgoteante ante el raro uso de palabrotas por parte de mi madre, una débil chispa de diversión que atraviesa la sofocante desesperación. Me acaricia la cara húmeda y caliente con sus suaves manos. "Pero no estás rota. Estás magullada, pero no rota. Te curarás de esto".

Me levanta la barbilla, obligándome a encontrarme con su mirada feroz, tan llena de protección de mamá osa. "Escúchame. Esto no es culpa tuya. Los únicos culpables son Evan y Alexis. Ellos son los que te traicionaron, los que rompieron tu confianza y tu corazón. Su vergüenza no es tu vergüenza. Sus actos despreciables no son un reflejo de tu valía".

Asiento lentamente mientras me esfuerzo por asimilar sus palabras a través de la bruma de dolor y odio hacia mí misma. Sé intelectualmente que tiene razón, pero me cuesta creerlo, impedir que la venenosa vocecita de mi cabeza me susurre que me lo he buscado por no ser suficiente.

"No lo entiendo", ronco, con lágrimas frescas obstruyéndome la garganta. "¿Por qué no fui suficiente para él? ¿Qué me pasa que mi prometido tuvo que buscar consuelo en los brazos de mi hermana? Quizá Alexis siempre tuvo razón. Quizá soy la Gallagher inferior".

"Olivia, deja de hacer eso ahora mismo". La voz de mi madre es severa, pero está impregnada de ternura. "No te pasa nada. ¿Me oyes? Eres perfecta tal y como eres: amable, inteligente,

divertida, creativa y tan hermosa, por dentro y por fuera. Cualquier hombre tendría suerte de tenerte. Evan es un tonto por no darse cuenta de lo que tenía en ti".

Siento que una pequeña chispa de algo parecido a la esperanza se enciende en mi pecho al oír sus palabras. Me aparta el pelo de la cara enrojecida y me lo coloca detrás de las orejas en un gesto tan tierno que casi me deshace. "Sé que ahora no lo parece, pero éste no es el final de tu historia, cariño. Es sólo un giro argumental, una oportunidad para que cojas la pluma y escribas un nuevo capítulo. Uno en el que puedas ser la heroína de tu propia aventura, en tus propios términos".

La chispa de mi pecho se enciende en una llama pequeña pero constante y me echo hacia atrás para mirarla. Tiene razón. Soy la autora de mi propia historia. Y que me condenen si dejo que dos gilipollas mentirosos y tramposos dicten mi final feliz. Me escribiré uno nuevo, uno mejor.

Resoplando, le dirijo una sonrisa trémula, con los músculos de la cara crujiendo por falta de uso. "Gracias, mamá. Necesitaba que me dieras ánimos".

"Cuando quieras, nena. Para eso estoy aquí". Sus ojos brillan con una repentina picardía que me levanta el ánimo. "Ahora, ¿qué te parece si pedimos el desayuno más pecaminosamente decadente que ofrezcan y empezamos a planear tu aventura de luna de miel en solitario? He oído que este complejo tiene una playa nudista. No hay nada como alardear de lo que se pierde ese cabrón tramposo. ¿Estoy en lo cierto?"

Una risa oxidada se escapa de mis labios, el sonido extraño me sobresalta. Que mi madre sepa exactamente qué cosa escandalosa decir para sacarme de mi regodeo. Definitivamente no estoy preparada para desnudarme en público, pero la idea de pegársela a Evan me resulta sorprendentemente atractiva.

"Creo que de momento me dejaré la ropa puesta. Pero unas tostadas francesas suenan de maravilla".

Pasamos la siguiente hora atiborrándonos de comida y trazando mi itinerario para las próximas dos semanas. Bucear, lanzarme en tirolina por la selva, ir de excursión a cascadas escondidas... Voy a vivir tantas emociones y aventuras como pueda. Voy a vivir el momento y a exprimir hasta la última gota de alegría de este viaje. Me niego a dejar que lo que hicieron me destruya. Ahora es mi momento.

¿Y si por casualidad llamo la atención de algunos solteros atractivos por el camino, me invitan a unas copas y me dicen lo guapísima que soy? Bueno, una chica recién soltera tiene que comer. Y esta chica está dispuesta a darse un festín de vida otra vez.

Cuidado, chicos. La nueva y mejorada Olivia está al acecho, y tiene ganas de armar jaleo. Este trozo de paraíso tropical no sabrá qué le golpeó.

Después de que mi madre se marche, con la promesa de llamarla a diario y no hacer nada demasiado escandaloso, cojo mi teléfono abandonado al otro lado de la habitación; por suerte, no está roto. Hojeo las docenas de mensajes preocupados de amigos y familiares hasta que un nombre salta a la vista: Amanda, mi mejor amiga que voló para la boda. Un tsunami de culpa se abate sobre mí al darme cuenta de que básicamente la dejé como fantasma después de que se conociera la noticia. Vaya amiga que soy. Con dedos temblorosos, escribo un mensaje que debería haber enviado hace tiempo:

Olivia

Hola Mandy, siento mucho haber desaparecido del mapa. Ha sido un fin de semana infernal. Soy un puto desastre, pero voy a quedarme y hacer esta luna de miel en solitario. Me vendría muy bien mi mejor amiga ahora mismo, si sigues por aquí.

Pulso enviar y contengo la respiración, medio esperando que me mande a la mierda por ser una zorra egoísta. Pero mi teléfono zumba casi al instante con su respuesta.

Amanda

¡¡¡Dios mío, Liv!!! ¡¡¡Voy a asesinar a esa comadreja chupapollas!!! Olvídate de él, no te merece. Eres una diosa. Sigo en el complejo y tengo una botella de tequila con nuestros nombres. ¿Noche de curación de corazones rotos en tu habitación? Estaré allí en 20 minutos con aperitivos.

Esta vez me río de verdad, al borde de la histeria. Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas, pero por una vez no son de dolor ni de humillación. Tengo tanta suerte de tener una amiga como Amanda. Le respondo con una cadena de emojis de corazón, sintiéndome ya más ligera.

Me arreglo y la espero, ya me siento mucho mejor. Abróchense los cinturones, zorras. Olivia Gallagher ha vuelto, y está lista para retumbar.

Capítulo 3



OLIVIA

Miro fijamente mi reflejo en el espejo y apenas reconozco la bomba que me devuelve la mirada. La chica con el corazón roto ha desaparecido, sustituida por una seductora tentadora con un ceñido vestido escarlata que se amolda a cada una de mis curvas antes de convertirse en un coqueto volante a medio muslo. Con unos tacones de aguja altísimos y un toque de pintalabios carmesí, me he despojado de mi personalidad de niña buena y me he transformado en una mujer con una misión.

Un revoloteo de nervios se arremolina en mi vientre mientras aliso las manos sobre la tela sedosa. Hacía años que no me arreglaba así, exhibiendo mis atributos. La antigua Olivia nunca habría tenido agallas para entrar sola en un bar, merodeando en busca de un hombre que borrara el escozor del rechazo. Pero aquella ratoncita tímida murió el día que descubrí a mi prometido Evan follándose a mi perfecta hermana Alexis. Que le vaya bien.

Gracias a las muy necesarias palabras de ánimo de mamá y a una noche de chicas con mi mejor amiga Amanda, estoy lista para resurgir de las cenizas de mi compromiso fallido como un glorioso fénix devorador de hombres. ¿Y mi coto de caza preferido? El ostentoso bar del complejo, donde me espera mi desprevenida presa.

Enderezo los hombros y agarro mi embrague, respirando hondo antes de salir de la habitación del hotel. Se acabó el esconderse. Se acabó jugar sobre seguro. La nueva Olivia no tiene miedo de ir tras lo que quiere.

El agudo chasquido de mis tacones contra el suelo de mármol me hace sentir poderosa e intocable mientras me pavoneo junto a la recepción y salgo al aire templado de la noche. El camino ajardinado que conduce al bar está bordeado de farolillos centelleantes que hacen juego

con las estrellas que brillan en lo alto. Mis caderas se balancean a cada paso, la brisa cálida acaricia mis piernas desnudas.

Puedo hacerlo. Puedo ser audaz, descarada y seductora. Puedo hacerme cargo de mi propio placer, de mi propia historia. Y estoy segura de que puedo encontrar a un hombre que realmente aprecie a la zorra de sexo sobre estiletes en la que me he convertido. Desde luego, Evan nunca lo hizo.

El bar está todo cromado y tiene una iluminación tenue, con una energía sutilmente sensual. Me subo a un taburete y cruzo las piernas lentamente, dejando que el vestido se me suba lo justo para mostrar mis muslos tonificados. El guapo camarero del moño y las mangas tatuadas me echa un vistazo, con los ojos brillantes de interés.

"¿Qué te pongo, preciosa?", me pregunta, lanzándome un guiño juguetón.

Le devuelvo la sonrisa, con mucho encanto. "Whisky sour. Y que sigan viniendo, guapo".

Mientras se pone a mezclar mi bebida, observo la sala y me fijo en la gente elegante. Parejas besuqueándose en reservados poco iluminados, grupos de amigos riendo con cócteles artesanales, todos ataviados con marcas de diseño y rebosantes de riqueza informal. Pero no estoy aquí por los lugareños adinerados.

Estoy aquí por los solteros. Los atractivos, para ser más concretos, y no escasean. Desde el tipo moreno y guapo del final de la barra hasta el rubio pulcro del fondo fiduciario, ya me lanzan miradas intrigadas. Me miran como a un jugoso antílope separado de la manada.

Y estoy tentada de dejar que uno de ellos me atrape, aunque esta noche sólo he salido para ligar. Una aventura de una noche podría ser justo el limpiador de paladar que necesito. Una forma de exorcizar el recuerdo de Evan con un poco de sexo por despecho.

Pero una parte aún mayor de mí quiere algo más que una relación rápida y sin sentido. Quiero vengarme. Quiero restregarle a Evan lo increíblemente deseable que soy. Lo jodidamente estúpido que ha sido al tirar por la borda lo mejor que le ha pasado nunca.

"Whisky sour para la despampanante dama de rojo", anuncia el camarero, sacándome de mis pensamientos. Coloca una servilleta delante de mí y deja la bebida, añadiendo una pequeña floritura. "Por cierto, invita la casa".

Levanto una ceja, burlándome un poco de él. "¿Intentas emborracharme para poder aprovecharte más tarde?".

Levanta las manos en señal de rendición, riendo. "No, señora. Es que no soporto ver a una mujer hermosa bebiendo sola".

Tomo un sorbo lento del cóctel, saboreando el suave ardor del whisky mientras me calienta la garganta y me enciende las venas. El alcohol amplifica la confianza que ya zumba en mi cuerpo.
"¿Quién dice que voy a estar sola mucho tiempo?". bromeo, lanzándole una mirada pícara.
Su sonrisa se ensancha ante mi atrevimiento. "Soy Liam, por si necesitas algo más esta noche. Y me refiero a cualquier cosa".
Oh, es bueno. Mientras se aleja para ayudar a otro cliente, disimulo una sonrisa de satisfacción dando otro trago a mi bebida. Hace una semana, su coqueteo me habría convertido en un desastre tartamudeante y sonrojado. Pero Olivia el Felpudo ha abandonado el edificio, ¿y Olivia la Zorra? Se come a los hombres como él para desayunar.
Me bebo el resto de mi whisky sour, el coraje líquido bombeando por mi torrente sanguíneo. Quizá un ligue al azar no sería la peor forma de pasar la noche. Después de todo, no soy una muñeca rota: soy un maldito partido. Y después de la cagada de Evan, me merezco un orgasmo o tres.
Justo cuando estoy pensando cuál de estos magníficos especímenes masculinos podría ser el adecuado para el trabajo, un cartel en la pared capta mi atención. "Gala de Máscaras - ¡Esta noche!", declara en letras ornamentadas. "Disfruta de una noche de misterio y deseo".
Miro fijamente el cartel, las ruedas de mi cabeza giran. Un baile de máscaras... donde todo el mundo irá disfrazado. Donde puedo ser quien quiera ser.
Donde puedo encontrar al tío más bueno de la sala, seducirlo hasta dejarlo sin sentido y desaparecer en la noche como una sensual Cenicienta, dejándole sólo con la cabeza llena de fantasías y recuerdos.
Ah, sí. Es perfecto.
Olvídate de la tímida Liv y de su destrozada felicidad para siempre. Liv, segura de sí misma, sexy y sin complejos, está lista para su gran debut. Y este baile de máscaras va a ser su fiesta de presentación.
Me bajo del taburete y me dirijo a la puerta, con un nuevo plan cristalizando en mi mente. Tengo una máscara que comprar, un tipo al que follarme y una nueva vida que empezar.
Y si juego bien mis cartas, cuando mañana salga el sol, Evan Weston no será más que un recuerdo lejano.



En la tienda de regalos del hotel hay un expositor de máscaras ornamentadas a la venta, sin duda para los invitados a la gala de esta noche. Elijo una adornada con plumas escarlata y brillantes

pedrería, el complemento perfecto para mi atrevido vestido. Me la pongo y miro mi reflejo en un espejo cercano.

Apenas reconozco a la zorra que me devuelve la mirada, los ojos verdes humeantes tras la máscara, los labios carmesí curvados en una sonrisita misteriosa. Parezco una mujer con secretos. Una mujer al acecho.

Me encanta.

Con la confianza en mí misma corriendo por mis venas, me dirijo al salón de baile, siguiendo el sonido de la música y el jolgorio. Cuando entro, me deslumbra momentáneamente la escena que tengo ante mí. Brillantes hilos de luces de hadas se entrecruzan en el techo, bañando la sala con un resplandor encantador. Los invitados disfrazados llenan el espacio, sus charlas y risas se elevan por encima de los sensuales acordes de jazz de la banda de la esquina. Los camareros se mueven entre la multitud con bandejas de champán y aperitivos.

Toda la habitación zumba con energía y expectación, una corriente eléctrica de deseo apenas contenido. Exactamente el ambiente que busco esta noche.

Desciendo por la escalera hacia el salón de baile, consciente de las miradas de admiración y las dobles caras que me lanzan a cada paso. El evidente aprecio masculino es un bálsamo para mi maltrecho ego, que alivia las heridas abiertas por el rechazo de Evan. Me revuelvo el pelo y balanceo un poco más las caderas, disfrutando de la atención como de un buen vino.

Al acercarme a la barra, de repente me envuelve el aroma especiado de una colonia cara. "Hola, preciosa", me ronronea al oído una voz profunda. "No creo que haya tenido el placer".

Me giro y me encuentro cara a cara con un Adonis viviente, de rasgos cincelados y hermosos ojos grises tras su máscara negra. Es devastadoramente guapo, como una estrella de cine clásica, lo que hace que me tiemblen las piernas. Es exactamente el tipo de hombre que he venido a atrapar a este baile.

Pero antes de que pueda invocar una respuesta ingeniosa, siento el peso de la mirada de alguien que me mira desde el otro lado de la habitación, tan tangible como un contacto físico. Me recorre un escalofrío y miro más allá de Adonis, buscando con la mirada hasta que choco con un par de ojos oscuros que me atrapan.

El dueño de esos ojos está apoyado despreocupadamente contra una columna, medio oculto en la sombra, pero puedo sentir la intensidad de su mirada como un rayo directo a mi corazón. Incluso desde la distancia, irradia una atracción magnética, sus ojos me devoran de un modo que hace que mi corazón palpite con fuerza y mis terminaciones nerviosas chisporroteen.

Es llamativo de un modo muy distinto al Adonis dorado que tengo delante. Más oscuro, más atrevido, más misterioso. Su máscara oculta la mayor parte de su rostro, dejando sólo visibles sus ojos penetrantes, su boca sensual y su fuerte mandíbula.

Trago saliva y se me pone la piel de gallina. ¿Quién es este hombre? ¿Y por qué una sola mirada acalorada suya me afecta más que el coqueteo manifiesto de Adonis?

"Lo siento, no lo he pillado", digo sin aliento, arrastrando de nuevo mi atención hacia el Adonis. Se ríe entre dientes, con un destello blanco en su rostro bronceado.

"Sólo decía que una mujer tan despampanante como tú no debería estar aquí sola. ¿Puedo invitarte a una copa? ¿Tal vez un baile?"

Dudo y vuelvo a mirar al oscuro desconocido del otro lado de la habitación. Sigue observándome, con el fantasma de una sonrisa malvada jugueteando en las comisuras de sus labios. Todo en su actitud es un desafío. Un desafío.

Una invitación a dar un paseo por el lado salvaje.

Adonis es la elección segura, el tipo clásicamente guapo y pulcro por el que me habría sentido atraída antes de que mi vida implosionara. ¿Pero el hombre de las sombras? Es material de oscuras fantasías. De encuentros ilícitos a medianoche y de pasión cruda e indómita.

Él representa todo lo que yo no soy. Todo lo que nunca me he permitido querer o ser... hasta ahora.

Mi pulso se acelera al sopesar mis opciones, una emoción desconocida zumba en mi sangre. Podría ir a lo seguro, ceñirme a lo que conozco. Pasar la noche flirteando y besándome con Adonis, quizá incluso dejar que me follara.

O podría tirar la cautela al viento y seguir mis instintos más básicos. Dar un salto hacia lo desconocido y ver adónde me lleva.

El desconocido me sostiene la mirada, con una pregunta tácita en sus ojos. Me siento como en el filo de una navaja, todo mi mundo a punto de inclinarse.

"Gracias, pero tendré que pasar", le digo a Adonis, con una sonrisa de disculpa curvando mis labios. "En realidad he venido a ver a alguien".

Sus cejas se levantan sorprendidas, pero se toma el rechazo con calma. "No te preocupes, muñeca. Si cambias de opinión, iré enseguida con mis chicos". Guiña un ojo y se marcha, sin esperar respuesta.

Y entonces no quedamos más que el hombre de las sombras y yo, nuestros ojos fijos, el aire crepitando de tensión.

Mi corazón late como un tambor y tengo las palmas de las manos húmedas, pero es ahora o nunca. Antes de que pueda dudar de mí misma, me abro paso entre los juerguistas disfrazados, sin romper nunca el contacto visual con mi objetivo.

Se endereza cuando me acerco y una sonrisa lenta y malvada se dibuja en su rostro. De cerca, es aún más sobrecogedor, sus hombros anchos, su cuerpo duro y esbelto. Pero es el calor oscuro de sus ojos lo que realmente me roba el aliento.

Se acabó jugar sobre seguro. Nada de ser una buena chica.

Es hora de ver hasta dónde estoy dispuesto a llegar en la madriguera del conejo.

Capítulo 4



NATE

Me ajusto la máscara, una elegante creación negra y plateada que oculta bastante bien mi identidad. No es que tenga ningún motivo real para ocultarme. Sólo soy una invitada más a este opulento baile de máscaras, en busca de una chispa de emoción que encienda las brasas de mi estancada vida.

No estoy del todo segura de qué me ha impulsado a asistir esta noche. Los bailes de máscaras siempre fueron más del gusto de mi hermano gemelo Evan. Le encantaba la emoción de ser otra persona por una noche, de deshacerse de las expectativas y satisfacer sus caprichos. Yo me conformaba con mirar desde la barrera, observando el espectáculo a través del objetivo de mi cámara.

Pero algo cambió cuando llegué al complejo y descubrí que la boda de Evan se había cancelado repentinamente. Me asaltaron la decepción, la confusión y un trasfondo de preocupación. Evan siempre había sido el chico de oro, el que triunfaba en todo. ¿Qué podía haber alterado su mundo aparentemente perfecto?

Necesitaba respuestas, pero más que eso, necesitaba una escapatoria. Una oportunidad de salir de la sombra de Evan y brillar por mí misma, aunque sólo fuera por un momento. Así que me puse una máscara elegante, dejé mi cámara y me aventuré en la brillante refriega.

Y es entonces cuando la veo.

El tiempo se ralentiza mientras ella se desliza entre la multitud, una visión en reluciente seda carmesí que se adhiere a sus peligrosas curvas. Su máscara es una obra de arte, con intrincadas filigranas y exuberantes plumas que enmarcan unos ojos esmeralda que brillan con picardía y secretos. Sus rizos oscuros caen en cascada por su espalda, lustrosos como una cascada de tinta.

Es impresionante. Cautivadora. Y se dirige directamente hacia mí.

Siento una sacudida de reconocimiento cuando se acerca, una parte instintiva de mí siente que la mujer que hay bajo la máscara me resulta dolorosamente familiar. Pero no puedo identificarla y, en este momento, no quiero hacerlo. Quiero preservar el tentador misterio, la ilusión de que esta noche todo es posible.

"Baila conmigo", me dice, con una voz de ronroneo ahumado que me llega al alma. No es una petición, sino una sensual orden.

Sin poder resistirme a su atracción magnética, cojo su mano extendida, maravillado por la corriente eléctrica que fluye entre nosotros. Me lleva a la pista de baile y el mar de parejas que se arremolinan se separa para dejarnos pasar.

Los primeros acordes de un tango llenan el aire mientras ella se aprieta contra mí, amoldando su ágil cuerpo al mío como si estuviera hecha para caber entre mis brazos. Me envuelve su calor, su aroma: jazmín, especias y tentación femenina. Cada deslizamiento de la seda y cada roce de piel hacen que la excitación zumbe por mis venas.

"No suelo hacer esto", ronco, con la voz áspera por el deseo mientras nos movemos en perfecta sincronía.

"¿Hacer qué?", pregunta ella, con un tono burlón. "¿Bailar con una bella desconocida?

"Exacto". La giro hacia fuera y vuelvo a atraerla hacia mí, saboreando una vez más la sensación de sus curvas flexibles contra mí. "Soy más un observador que un participante".

"Podrías haberme engañado", ronronea, sus labios rozan la concha de mi oreja. "Te mueves como un hombre que sabe exactamente lo que quiere".

Ojalá fuera cierto. He pasado tanto tiempo viviendo a la sombra de Evan, dejando que sus deseos y necesidades eclipsaran los míos. Pero con esta tentadora hechicera entre mis brazos, siento un raro destello de certeza.

"Quizá sólo estoy esperando al compañero adecuado", murmuro. "Alguien que me inspire".

Sus ojos brillan tras la máscara, una chispa de comprensión pasa entre nosotros. "La inspiración es mi especialidad. En danza y... otras actividades".

Mi corazón late con fuerza al asimilar las implicaciones de sus palabras. Esta sirena me ofrece algo más que un baile. Me ofrece una muestra de pasión, un respiro de la inquietud que me ha perseguido durante demasiado tiempo.

"¿Qué tipo de actividades?" pregunto, bajando el tono de mi voz a un rumor áspero.

Traza un sensual camino por la solapa de mi chaqueta, encendiendo llamas bajo mi piel. "De las que se disfrutan mejor en privado", susurra, con los labios de rubí a un pelo de los míos. "Lejos de miradas indiscretas y molestas inhibiciones".

Estoy perdido, ahogándome en la promesa de su tacto, en la tentación de perderme en esta misteriosa seductora y olvidar las decepciones que me esperan más allá de esta noche.

"¿Y me quieres para esta aventura?" logro decir, con mi elocuencia habitual fracturada.

Se ríe, un sonido gutural que me llega directamente al corazón. "Simplemente hay algo en ti. Algo que me dice que eres exactamente lo que necesito".

"¿Y por la mañana?" La pregunta se me escapa, dejando al descubierto una vulnerabilidad que rara vez muestro.

Sus ojos parpadean con algo -incertidumbre, quizá incluso melancolía- antes de desvanecerse. "No nos adelantemos, Zorro. Esta noche se trata de fantasía, no de para siempre".

Asiento con la cabeza, las reglas del compromiso están muy claras. Una noche. Sin ataduras. Sólo dos desconocidos buscando consuelo y placer en la oscuridad.

"Entonces guíame, mi tentadora carmesí", respondo con una sonrisa pícara. "Llévame al País de las Maravillas".

El triunfo y la expectación brillan en sus ojos cuando entrelaza sus dedos con los míos, guiándome fuera de la pista de baile y del salón. Nos deslizamos por una escalera trasera, robándonos besos hambrientos y caricias febriles por el camino.

Fuera del ascensor, se vuelve hacia mí, una diosa dispuesta a conceder a un simple mortal la entrada a su reino secreto. "Tu habitación", exhala, con sus ojos esmeralda retándome a aceptar su desafío tácito.

No vacilo ni me lo pienso dos veces cuando reclamo sus labios en un beso abrasador, saboreando la promesa del placer que está por llegar. "Como ordene mi señora".

Por la mañana, volveré a mi vida, a las preguntas y complicaciones que me esperan. Pero esta noche, que se atengan las consecuencias.

Esta noche, soy el hombre que hará gritar de éxtasis a esta mujer misteriosa. El hombre que adorará cada centímetro de ella hasta que olvide que hay un mundo más allá de nosotros dos.

Y por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, me siento verdaderamente, vibrantemente viva.

Capítulo 5



OLIVIA

La puerta se cierra tras nosotros con un sonoro clic, aislándonos del mundo exterior. De la realidad de mi compromiso que se desmorona, de las presiones familiares y de la persistente sensación de que nunca estaré a la altura. En esta habitación, con este hombre, puedo ser alguien totalmente distinto. Alguien audaz, deseable y libre.

Empujo a mi hombre misterioso contra la pared, reclamando sus labios en un beso abrasador. Él responde con el mismo fervor, sus manos recorren mis curvas vestidas de seda, encendiendo chispas bajo mi piel con cada roce. Esta conexión entre nosotros es eléctrica, y me siento más viva que en años.

Avanzamos a trompicones por la habitación, con nuestros labios entrelazados en una danza desesperada. Su chaqueta cae al suelo, y alargo la mano para quitarle la máscara, ansiosa por ver el rostro del hombre que me ha hecho arder. Pero me detiene con una mano suave en la muñeca.

"Déjalo", murmura contra mi garganta, con su aliento caliente sobre mi piel mientras arrastra besos hasta mi clavícula. "Esta noche, déjame adorarte como la diosa que eres. Sin nombres, sin caras. Sólo tú, yo y este momento".

Sus palabras me provocan un escalofrío y me rindo a sus indicaciones. Hay algo emocionante en el anonimato, en que puedo ser quien quiera ser. No Olivia Gallagher, la perpetua metedura de pata, siempre por debajo de las expectativas. Sino una mujer deseada, apreciada y digna de devoción.

Mis dedos abrochan rápidamente los botones de su camisa, desesperados por sentir su piel contra la mía. Se quita la prenda y deja que se una a su chaqueta en el suelo. Me tomo un momento para admirar la extensión de su pecho, todo músculo magro y carne tensa, antes de que vuelva a atrapar mi boca.

Su beso es exigente, devorador, y vierto todo mi ser en él. Toda mi frustración contenida, mi anhelo de algo real, crudo y completamente mío. Él me recibe con la misma intensidad, nuestras lenguas se enredan en una danza febril mientras sus manos recorren mi cuerpo, dejando estelas de calor a su paso.

Tanteo la hebilla de su cinturón, mis dedos torpes por la prisa. Se ríe contra mis labios, un sonido bajo y seductor que me calienta el estómago. Juntos conseguimos despojarle de los pantalones, dejándole sólo en calzoncillos negros, con su excitación tensándose contra la tela.

Es magnífico. Músculos esculpidos y fuerza enroscada, como un depredador preparado para atacar. Y por esta noche, es mío.

Alargo la mano hacia la cremallera de mi vestido, pero él me detiene una vez más. "Permíteme", dice, con la voz áspera por el deseo. "He estado deseando desenvolverte desde el momento en que te vi con ese pecaminoso número rojo".

Lenta, tortuosamente, baja la cremallera, sus nudillos rozan mi columna y me hacen estremecer de anticipación. El vestido se abre como los pétalos de una flor y él me lo quita de los hombros con manos reverentes. Se acumula a mis pies, dejándome desnuda ante él, salvo por las bragas de encaje rojo a juego y los tacones.

Su mirada me recorre, fundida y hambrienta, como si memorizara cada centímetro de mi cuerpo. "Exquisito", ronca, subiendo las manos para tocarme los pechos, con los pulgares rodeando mis pezones endurecidos a través del encaje del sujetador. "Mírate, tan jodidamente perfecta. Una obra de arte, toda mía".

Su contacto me produce sacudidas eléctricas hasta el fondo, y noto la humedad que se acumula entre mis muslos. Su mano se desliza entre mis piernas para rozarme a través de las bragas, y su boca se calienta en mi cuello. "Mmm, siente cómo eres para mí", murmura, su voz como grava. "Puedo sentir tu calor a través de las bragas".

Sus manos recorren mi cuerpo, apretando y acariciando, dejando estelas de fuego a su paso. Me retuerzo, jadeante, y mis caderas rechinan contra las suyas en una búsqueda desesperada de fricción. Se ríe por lo bajo y con maldad, disfrutando claramente del efecto que produce en mí.

"Por favor", gimo mientras sigue acariciándome a través del encaje húmedo de mis bragas. "Te necesito. Todo de ti".

Su voz es oscura de deseo cuando promete: "Oh, tendrás todo de mí. Todo. Último. centímetro".

Deja de tocarme para quitarse los bóxers mientras mi cabeza da vueltas ante sus palabras. Por alguna razón, no esperaba que tomara el control en cuanto llegáramos al dormitorio, pero me está encantando esta faceta inesperada de él, sobre todo cuando habla sucio.

Engancha los dedos en la cinturilla de mis bragas y arrastra la endeble tela por mis piernas. Me las quito, apartándolas con impaciencia junto con los tacones, y entonces él me levanta sin esfuerzo, empujando mis piernas alrededor de su cintura. Siento la cabeza roma de su polla presionando contra mi entrada, caliente e insistente.

"Me muero de ganas de estar dentro de ti", gruñe, con los ojos clavados en los míos. "Para sentir tu apretado coño apretando mi polla. Quieres eso, ¿verdad? Quieres sentirme muy dentro de ti".

"Sí", jadeo, clavándole las uñas en los hombros. "Dios, sí. Por favor, fóllame".

Me aprieta contra la pared más cercana y, de un potente empujón, está dentro de mí. Me estira, me llena, me completa. Grito ante la exquisita sensación y mi cabeza cae hacia atrás cuando empieza a moverse. Establece un ritmo implacable, penetrándome con golpes profundos y decididos que hacen que el placer se dispare por mis venas.

"Dios, eres tan jodidamente sexy", ronca, sus manos agarrando mi culo, sus dedos clavándose en mi carne. "Podría adorar este cuerpo eternamente".

Utilizo la pared como palanca y me encuentro con él empujón a empujón, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía mientras subimos más y más. Se inclina y se lleva uno de mis pezones a la boca, chupándolo y mordiéndolo, enviando ondas de placer directamente a mis entrañas. Llevar puestas estas máscaras hace que lo que estamos haciendo parezca más sucio. Estoy siendo violada por una persona sin nombre, y es maravilloso.

De repente, me lleva a la cama y me aparta de su polla, dejándome en el suelo, jadeante y despojada. Pero antes de que pueda protestar, me tumba boca abajo, tirando de mis caderas mientras me pongo a cuatro patas. Sus poderosas manos me colocan exactamente como él quiere. Vuelvo a sentir su polla presionando mi entrada, y entonces me penetra de golpe, moviendo las caderas como un pistón.

"Oh, joder", grito y bajo la cabeza hacia el colchón mientras él golpea un punto en lo más profundo de mi ser que hace que me estallen estrellas detrás de los ojos. "Me siento de puta madre.

"Te gusta, ¿verdad?", gruñe, sus manos agarrando con fuerza mis caderas. "Te gusta sentir mi enorme polla llenándote. Joder, estás tan apretada. Tan perfecta".

Sus palabras y el implacable golpeteo de su polla me llevan en espiral hacia el límite. Respiro entrecortadamente y mi cuerpo se tensa como un resorte. Me rodea con la mano, sus dedos encuentran mi clítoris y lo frotan en círculos que me llevan al límite.

"Ven para mí", me ordena, con la voz áspera por la necesidad. "Déjame sentir cómo te corres sobre mi polla".

El clímax me golpea como un maremoto y se abate sobre mí con una fuerza asombrosa. Grito su nombre, con la voz rota y necesitada, mientras me derrito entre sus brazos. Él me sigue al borde del abismo con un grito ronco, y sus caderas chocan contra las mías por última vez cuando se libera. Me llena de semen caliente y pegajoso, y por un momento me doy cuenta de que no hemos usado condón, antes de apartarlo. A la mierda. Lo necesitaba demasiado.

Nos desplomamos en la cama, deshuesados y saciados. Durante un largo rato, nos quedamos tumbados, con el pecho agitado mientras recuperamos el aliento. Entonces me coge en brazos y me arropa contra su pecho como si fuera algo precioso.

"Ha sido increíble", murmura, con sus dedos trazando patrones ociosos sobre mi piel bañada en sudor.

"Lo era", asiento, con la voz apagada contra su cuello. "Tienes una boca un poco sucia. Era exactamente lo que necesitaba".

Tiene un brillo perverso en los ojos y se ríe. "Dame unos minutos y estaré listo para el segundo asalto. Si mi diosa quiere hablar sucio, puedo darle lo que quiera".

Sonrío, con un estremecimiento de anticipación recorriéndome. Una noche de pasión, sin ataduras. La escapada perfecta, por fugaz que sea.

Capítulo 6



NATE

Dios, nunca he deseado a nadie como deseo a esta mujer. Es una fiebre que arde en mis venas, un hambre que todo lo consume y que sólo ella puede satisfacer. Hay algo en ella -la forma en que se mueve, el sonido de sus suspiros, el aroma de su piel- que me atrae como nada que haya experimentado jamás.

Mientras estamos tumbados juntos, sus manos vagan como si memorizara mi cuerpo. Cuando sus suaves caricias se dirigen hacia mi polla, noto que me endurezco. Parece que ha llegado la hora del segundo asalto. Sus dedos recorren la línea de mis abdominales, provocándome escalofríos, antes de envolver mi creciente erección.

Gimo, la sensación de su tacto es eléctrica. "Joder, qué bien sienta", ronco, y mis caderas se impulsan instintivamente contra su mano.

"Eres tan jodidamente hermosa", murmuro, con la voz espesa por el deseo. "Cada centímetro de ti. Y la forma en que te mueves, la forma en que me tocas... me vuelve loco".

Sus ojos se oscurecen de lujuria y se inclina hacia mí, rozando sus labios con los míos. "Esta noche soy toda tuya. Hazme lo que quieras....". Se detiene con un suave jadeo cuando meto la mano entre sus piernas y la encuentro húmeda y preparada.

"Aún estás tan jodidamente húmeda para mí", gruño, deslizando un dedo dentro de ella. Ella gime y sus caderas se agitan contra mi mano. "Quieres mi polla dentro de ti otra vez, ¿verdad? ¿Quieres que te folle hasta que seas un charco sin sentido?".

"Sí", respira, con los ojos clavados en los míos. "Dios, sí".

La pongo boca arriba y me coloco entre sus piernas. Las abre más para mí, abriéndose por completo. Veo la humedad brillante de su coño y mi polla palpita de necesidad. Me inclino y me meto uno de sus pezones en la boca, chupándolo y mordiéndolo mientras ella se arquea hacia mí.

"Oh, joder", grita, clavándome los dedos en los hombros. "Por favor, fóllame de una vez".
Suelto una risita oscura, colocando la cabeza de mi polla en su entrada. "Paciencia, preciosa. Quiero saborear este momento. Quiero sentir cada centímetro de ti mientras me deslizo dentro".
La empujo lentamente, sintiendo cómo sus estrechas paredes se aprietan a mi alrededor mientras me hundo en su calor. Ella gime y echa la cabeza hacia atrás mientras yo sigo un ritmo constante. Noto cómo su cuerpo responde al mío, cómo sus músculos se tensan cuando llego a ese punto dulce de su interior.
"Justo ahí", jadea, con los ojos cerrados. "No pares, por favor, no pares".
En cuanto sus ojos se cierran, me doy cuenta de que necesito ver su cara. Quiero verla correrse. Me inclino hacia ella y le doy un beso abrasador en los labios mientras continúo penetrándola. "Nunca", gimo contra su boca. "Podría follarte eternamente".
Está tan ida que ni siquiera se da cuenta cuando le quito la máscara. Es hermosa, y el placer escrito en su rostro es casi mi perdición. Me rodea la cintura con las piernas y me atrae hacia ella. Noto cómo su cuerpo se tensa, cómo su respiración se entrecorta y sus músculos se tensan. Introduzco la mano entre nosotros, busco su clítoris y lo froto en círculos apretados, arrancándole un grito ahogado.
"Sé una buena chica y ven a por mí", ordeno, con la voz ronca por la necesidad.
Su cuerpo se estremece y grita, desgarrada por el orgasmo. Siento cómo sus paredes se aprietan a mi alrededor, ordeñando mi polla. Veo cómo el éxtasis le recorre la cara mientras sigo martilleándola. No estoy preparado para acabar con ella. Necesito que esté tan bien follada que apenas pueda pensar. Necesito que esté satisfecha en todos los sentidos.
La saco y, con un movimiento fluido, la hago rodar sobre el vientre. Me mira con los ojos encapuchados antes de apoyar la mejilla en los brazos con el culo al aire. Mis manos agarran sus caderas y vuelvo a penetrarla, su coño resbaladizo absorbe cada centímetro de mí. Su cuerpo es perfecto y verme penetrarla una y otra vez casi me lleva al límite. Pero aprieto los dientes y me concentro en su placer.
Mis manos recorren su cuerpo mientras la embisto, con el ángulo justo. Noto cómo empieza a desmoronarse, cómo los temblores recorren su cuerpo mientras la embisto.
"Por favor, no aguanto más. Voy a...", se interrumpe con un grito gutural mientras la penetro con desenfreno. Noto los espasmos de su coño alrededor de mi polla y sé que está llegando al límite.
"Tan jodidamente bien", gruño, clavándole los dedos en las caderas mientras la mantengo en su sitio. "Eres una chica tan buena, llevándome tan adentro. Déjame oír cómo te corres por mí, nena. Déjame sentir cómo ordeñas hasta la última gota de mi semen".

Mis sucias palabras parecen deshacerla, y se disuelve en un estremecimiento mientras otro orgasmo la desgarra. Estoy a punto de correrme, pero quiero asegurarme de que nunca olvidará esta noche. Martilleo dentro de ella cada vez más fuerte y más deprisa, hasta que estoy al borde del orgasmo. Gime de placer y noto cómo tiembla todo su cuerpo.

"Una vez más. Sé que tienes un orgasmo más dentro de ti. Déjate llevar y ven conmigo".

Le rozo el clítoris otra vez, y todo su cuerpo se ondula mientras grita: "¡Oh, joder, joder, joder, joder! Sí".

Siento que todo su cuerpo se tensa, y sé que está a segundos de deshacerse.

"Joder, voy a correrme tan dentro de ti. Voy a pintar tu interior con mi semen y vas a estar chorreando durante días. ¿Serás una buena chica y te correrás para mí por última vez?".

Al oír mis palabras, siento que se abren las compuertas y es como si el cielo brillara sobre nosotros. Todo su cuerpo se agita y se retuerce en mis garras, su coño me aprieta mientras grita al liberarse.

La fuerza de su orgasmo me empuja más allá del punto de no retorno. La presión que se había ido acumulando en la base de mi columna se rompe y siento que me precipito por el borde de un acantilado. Gimo mientras el mundo se vuelve blanco, y lo único de lo que soy consciente es de la dichosa sensación de vaciar mis pelotas dentro del celestial coño de esta perfecta desconocida.

Tras lo que me parece una eternidad de puro éxtasis, vuelvo lentamente flotando a la tierra, abro los ojos y la encuentro tumbada en la cama debajo de mí, con mi cuerpo cubriendo el suyo. Me tumbo en la cama junto a ella y la estrecho contra mi pecho mientras ambos bajamos del éxtasis.

"Eso ha sido... intenso", murmura ella, con voz suave y saciada.

Sólo puedo asentir, luchando aún por recuperar el aliento, por frenar el furioso palpitar de mi corazón. Quiero tirar de ella, volver a perderme en ella. Pero el agotamiento tira de mis miembros a medida que se desvanece el subidón de adrenalina.

Nos sumimos en el silencio, dejando que la quietud de la noche nos envuelva. Su respiración se hace cada vez más lenta y profunda, y sé que se ha quedado dormida. Permanezco despierto un poco más, con la mente repitiendo cada momento, cada sensación. No recuerdo la última vez que sentí una conexión tan cruda y visceral. Es emocionante y aterrador a la vez. Aún no sé cómo se llama, pero sé que ha hecho que mi mundo se tambalee de una forma que nadie ha conseguido jamás.

Me quito la máscara antes de que el sueño me reclame por fin, y un último pensamiento revolotea por mi mente: desearía que esto fuera algo más que un encuentro fortuito, una colisión de barcos que pasan de noche. Quiero volver a verla, quitarle las capas y descubrir a la mujer que

hay tras la máscara. Puede que sólo sea un delirio postcoital, pero parece el comienzo de algo profundo, algo que aún no estoy seguro de comprender del todo. Pero sé que quiero hacerlo.

Capítulo 7



OLIVIA

Me despierto lentamente, hundiéndome aún más en las sábanas decadentemente suaves, deleitándome en la forma en que acarician mi piel desnuda. Mi cuerpo zumba con una profunda satisfacción que nunca antes había experimentado.

Estirándome lánguidamente, no puedo reprimir la sonrisa que se dibuja en mis labios al recordar la noche anterior. Manos urgentes, besos abrasadores, un éxtasis que todo lo consume y que me dejó estremecida y con ganas de más. El dulce dolor entre mis muslos es un delicioso recuerdo de la pasión desenfrenada que compartí con...

Mi hombre misterioso. Zorro.

La realidad me golpea y me despierta de golpe. Ésta no es mi cama, ni mi habitación. Y la caldera de un cuerpo a mi lado definitivamente no pertenece a mi ex prometido.

Con el corazón palpitante, giro lentamente la cabeza para mirar al hombre que comparte mi almohada. Está de espaldas a mí, las poderosas líneas de sus hombros suben y bajan con cada respiración uniforme.

Pelo oscuro, despeinado por el sueño, que me resulta dolorosamente familiar. Piel dorada estirada sobre músculos delgados, sólo estropeada por los débiles arañazos que dejan mis uñas. Mi mirada baja hasta la tentadora curva de su culo, visible bajo las sábanas arrugadas...

Dios mío. Lo de anoche fue real. Tuve sexo salvaje y sin límites con un completo desconocido.

Yo no soy así. No soy la chica que tiene aventuras imprudentes de una noche sin preservativo, que se entrega a un hombre sin saber siquiera su nombre.

Excepto que aparentemente ahora lo soy... y maldita sea si no fue alucinante. Pero no puedo arriesgarme a manchar la perfección de anoche. Tengo que escabullirme antes de que se

despierte y las cosas se pongan incómodas, antes de que las educadas presentaciones se conviertan en una mortificante despedida.

Con sumo cuidado, salgo de debajo de las sábanas y me arrastro por la habitación, recogiendo mi ropa de donde cayó anoche con las prisas. Mi vestido rojo está colgado de una silla y mis tacones tirados en un rincón. El calor inunda mis mejillas cuando recuerdo con qué impaciencia me despojé de ellos, cuánto lo necesitaba...

No. No voy a ir allí.

Me pongo las bragas y tiro del vestido, estremeciéndome cuando la cremallera chirría en la quietud. Me quedo inmóvil, casi sin atreverme a respirar, atenta a cualquier señal de que he molestado a mi compañero de cama. Pero él sigue durmiendo, ajeno a todo.

Mi exhalación es temblorosa, teñida de una confusa mezcla de alivio y decepción. Me recuerdo a mí misma que esto es lo mejor. Nada de sentimientos confusos, nada de encuentros incómodos a la mañana siguiente.

Estoy cogiendo el bolso cuando un destello plateado capta mi atención: su máscara, tirada descuidadamente sobre la mesilla. Al verla, me detengo, y la curiosidad entra en conflicto con mi desesperada necesidad de escapar.

No debería. Debería dejar intacta la fantasía, mantenerlo como un misterio. Pero algún impulso perverso me atrae de nuevo a la cama, alguna necesidad masoquista de verle la cara.

Sólo un vistazo rápido, luego me iré. Con el pulso acelerado, me inclino sobre su forma dormida, absorbiendo sus rasgos. Los duros planos de su rostro se han suavizado con el sueño, haciéndole parecer más joven, casi un niño. Pero sigue siendo tan desgarradoramente familiar...

Y entonces es cuando todo encaja. Por qué me resulta tan familiar, por qué una parte instintiva de mí insiste en que le conozco.

Es Evan. El cabrón mentiroso y tramposo de mi ex.

Pero no... no lo es. Porque Evan está fuera, probablemente metido hasta las pelotas con la zorra traicionera de mi hermana.

No, el hombre de mi cama se parece a Evan, pero no del todo. El mismo pelo oscuro y rasgos esculpidos, pero más delgado, un poco más tosco en los bordes.

Nate. El gemelo de Evan, el hermano misterioso que debía conocer por primera vez en la boda. El "callado", decía Evan, el solitario que se contentaba con permanecer en la sombra.

El hermano con el que me acosté. Me entregué tan completamente, los orgasmos múltiples... Oh, Dios. Apretando los ojos, intento bloquear la nueva oleada de vergüenza y pánico. Esto es mucho peor que despertarse con un desconocido. Me acosté con el gemelo de mi ex prometido.

No puedo estar aquí cuando se despierte. No puedo enfrentarme a él, porque aunque no me conozca de vista, seguro que sabrá mi nombre.

Las lágrimas me escuecen en los ojos mientras cojo frenéticamente el bolso y los zapatos, mi único pensamiento es correr tan lejos y rápido como pueda. La puerta se cierra tras de mí con un suave clic. Por un momento me desplomo contra ella, con las rodillas dobladas bajo el aplastante peso de la humillación y el odio hacia mí misma.

¿Qué demonios hago ahora? ¿Cómo puedo vivir conmigo misma, sabiendo que en mis momentos más bajos busqué consuelo en los brazos del hermano de mi ex?

No hay soluciones sencillas, ni arreglos rápidos para el desastroso lío que he montado. Lo único que puedo hacer es enterrar profundamente este recuerdo y rezar para que nadie se entere nunca, para poder olvidar de algún modo que esto ha ocurrido.

Pero incluso mientras vuelvo a trompicones a mi habitación, con las piernas temblorosas y los ojos empañados por las lágrimas, sé que es inútil. Algunos errores no pueden olvidarse ni borrarse.

¿Y caer en la cama con Nate Weston?

Es un error que me perseguirá el resto de mi vida.

Capítulo 8



NATE

Busco su calor, la seda de su piel contra la mía. Pero mi mano sólo encuentra sábanas arrugadas, frías y vacías. El persistente aroma de su perfume -algo floral y exótico- es la única señal de que alguna vez estuvo aquí.

Abro los ojos de golpe, entrecerrando los ojos contra el rayo de sol que atraviesa la rendija de las cortinas. La bruma del sueño tarda un momento en disiparse, y la decepción se hunde como una piedra.

Estoy solo. Se ha ido. Claro que se ha ido.

No debería sorprenderme. Sabía lo que era la noche anterior: un respiro temporal, dos desconocidos utilizándose mutuamente para olvidarse del mundo durante un rato. Íntimo pero impersonal, significativo pero sin sentido.

Y, sin embargo, una parte tonta y dolorida de mí había esperado que tal vez, sólo tal vez, se hubiera quedado. Que, en el duro resplandor de la mañana, habría querido más, más que una noche de abandono.

Parece que no. Soy una vía de escape, nada más. Un puerto en la tormenta.

Con un suspiro, me levanto y froto con una mano la barba incipiente que cubre mi mandíbula. Al hacerlo, mis dedos rozan algo frío y metálico sobre la mesilla: la máscara. Los recuerdos se agolpan en un torrente vertiginoso. Su aspecto con aquel pecaminoso vestido carmesí, una diosa entre los mortales. Su sabor a miel y pecado. Sus gemidos entrecortados cuando yo...

Dios mío. Una noche con ella y ya soy adicto, ansiando otro golpe. Estoy muy jodido.

Me obligo a salir de la cama, ignorando el desvanecimiento del dolor de la excitación. No importa cuánto la desee mi cuerpo. Ella ha dejado claro que esto era cosa de una sola vez.

Mientras me visto, mi pie tropieza con algo pequeño y de plástico debajo de la cama. Lo saco: es una tarjeta de hotel, genérica y poco llamativa.

Excepto que no es mío.

Le doy la vuelta entre las manos y me cae encima un cubo de agua helada. Es la llave de su habitación. Se le debió caer en su prisa por huir.

Su desesperación por escapar de mí.

Me vuelvo a hundir en el borde del colchón, con los bordes de la tarjeta mordiéndome la palma de la mano. Me invade la enormidad de lo que ignoro. No sé su nombre, de dónde es, qué hace que su alma se ilumine o que le duela el corazón. No sé si anoche fue un encuentro atesorado o un arrepentimiento enterrado.

No sé nada y, sin embargo, ha dejado en mí una huella que no puedo borrar.

Dios, ¿cuándo me convertí en una tonta sentimental? Dejando que una noche increíble me volviera del revés. Tengo que recomponerme. Es sólo una mujer, no la respuesta a todas mis preguntas existenciales.

Si sigo repitiéndomelo, tal vez me lo crea.

Me meto la tarjeta en el bolsillo y cojo la cámara, decidida a perderme en mi trabajo. Concentrarme en algo que no sea la sensación fantasmal de su cuerpo contra el mío.

Pero ella me persigue, un espectro en la periferia. Vislumbro una larga cabellera oscura junto a la piscina y se me agarrota el corazón. Pero no es ella. Veo un destello rojo en el vestíbulo y vuelvo a aquel salón de baile, hechizado e incendiado. Pero sólo es un desconocido, no mi seductora envuelta en carmesí.

Es un picor que no puedo rascar, un antojo que no puedo satisfacer. Y lo peor es que ni siquiera tengo un nombre que murmurar como una maldición.

Es lo único en lo que puedo pensar durante dos días en los que se supone que debería estar disfrutando del paraíso. Es enloquecedor. Es embriagador. Es una exquisita forma de tortura.

El tercer día después de aquella noche gloriosa, estoy tan consumido por ella que casi choco con alguien en el vestíbulo. Levanto la vista, con una disculpa en la lengua, y me quedo inmóvil.

Es ella. A la implacable luz del día, despojada de toda máscara y misterio. Lleva el pelo recogido en un nudo desordenado, el rostro desnudo y dolorosamente vulnerable. Va vestida de forma informal, sólo con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Pero esos ojos... esos ojos tormentosos de cristal de mar que amenazan con hundirme... son inconfundibles.

"¡Oh!" Retrocede a trompicones, con una expresión cruda y desprevenida que parpadea antes de desaparecer. "Lo siento, no te había visto".

Su voz es más ronca de lo que recuerdo, raspada por una emoción innombrable. No me mira, sino que se fija en un punto por encima de mi hombro.

"No te preocupes", consigo decir, con las palabras como serrín en la lengua. "No miraba por dónde iba".

El silencio se extiende tenso entre nosotros, un hilo vivo de tensión. La estudio, catalogando todos los detalles que antes no pude saborear. Las tenues constelaciones de pecas esparcidas por su nariz. El perfecto arco de Cupido de sus labios y la elegante línea de su garganta. Quiero cartografiar cada centímetro de ella con mis manos y mi boca.

"Bueno, debería irme", dice bruscamente, cortando el momento. "Tengo... cosas que hacer".

Hace lo posible por pasar rozándome, pero no puedo dejar que se desvanezca de nuevo, una brizna de humo entre mis dedos.

"Espera", digo, con la voz áspera como papel de lija. "Por favor".

Se queda inmóvil, como un resorte de tensión. Cuando por fin encuentra mi mirada, sus ojos están cerrados y opacos, una tempestad acechando en sus profundidades.

Tropiezo con las palabras que se agolpan en mi garganta. "Mira, sobre la otra noche, sé que dijimos que nada de ataduras, pero...".

"No", me corta, afilada como una cuchilla. "Aquella noche fue... fue un error. Uno que no volveré a cometer".

Sus palabras me atraviesan, agudas y brutales. Se arrepiente. Se arrepiente de mí.

"Claro. Claro", digo con los labios entumecidos. "Lo siento por... simplemente lo siento".

Suelto la mano y retrocedo, necesitando aire, necesitando espacio, necesitando estar en cualquier sitio menos asfixiándome en su órbita. Cruza los brazos sobre el pecho, clavándose los dedos en los bíceps.

"Yo no..." Traga saliva, sus palabras son un susurro entrecortado. "No soy ese tipo de chica. No tengo aventuras... casuales".

Hay tanta angustia en su voz, tanta autorrecriminación. Hace que me duela por ella, incluso cuando me está destrozando el corazón.

"Eh, no", murmuro, arriesgándome y acercándome. Su aroma a madreselva me envuelve, me marea. "No tienes nada por lo que sentirte mal, ¿vale? Lo que pasó entre nosotros... fue increíble. Precioso. No hiciste nada malo".

Una lágrima rebelde resbala por su mejilla, y mis dedos se crispan por el impulso de apartarla. Acunar su rostro entre mis manos y besar para que desaparezca el dolor hasta que vuelva a sonreír, incandescente y despreocupada como anoche, bailando entre mis brazos.

"No lo entiendes", dice, tan suavemente que casi no lo oigo. "No puedo hacer esto. Nada de esto".

Y luego se ha ido, un latido de colibrí allí y se ha ido otra vez, dejándome destripada y agarrando puñados de aire.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, mirando fijamente el espacio por el que desapareció, con los pulmones apretados y doloridos. Su fantasma persiste, burlándose de mí con "casi" y "podría haber sido".

Los días siguientes transcurren como una bruma. La vislumbro en el restaurante del hotel, en la playa, en los jardines. Siempre está con gente, siempre sonríe, pero nunca llega a sus ojos. Esos ojos tormentosos y reservados que me atraparon tan profundamente aquella primera noche.

Cada vez, me embarga la compulsión de acudir a ella. De exigirle respuestas, de suplicarle una oportunidad, un nombre, cualquier cosa. Pero entonces recuerdo el arrepentimiento de sus palabras, la forma en que no podía alejarse de mí lo bastante rápido. Y la dejo marchar, una y otra vez, con mil pequeños adioses.

Ella me ha arruinado, me ha destrozado para cualquier otra persona. Ninguna otra mujer podría compararse, no ahora que sé que existe. Que está ahí fuera, un canto de sirena con forma de diosa.

Estoy fotografiando la puesta de sol del último día de mi viaje, intentando perderme en el cielo de acuarela. Los rojos y dorados se mezclan, el sol se hunde en el abrazo del mar. Es el tipo de toma que normalmente saborearía, embelesada por la interacción de la luz y el color.

Pero ahora sólo la veo a ella. Está en el carmesí de las nubes, en el oro fundido de las olas. Está en todas partes y en ninguna, un sueño febril del que no puedo librarme.

Un suave resoplido me saca de mi ensoñación. Bajo la cámara y me giro para encontrarla de pie a unos metros, mirando al agua. Tiene los hombros encorvados y se rodea con los brazos, como si no quisiera salir despedida. A la luz mortecina, sus lágrimas brillan como diamantes esparcidos por las mejillas.

Mi corazón se aprieta, cada célula de mi cuerpo grita que vaya hacia ella. Envolverla en mis brazos y absorber su dolor, llevarlo dentro de mí para que no tenga que cargar con él sola.

Egoísta, lo sé. Ha dejado claro que no quiere saber nada de mí. Pero en este momento, con el sol escurriéndose por el horizonte y sus silenciosos sollozos resonando en mis oídos, no puedo alejarme.

Me acerco a ella con cautela, medio esperando que se eche atrás. Pero permanece inmóvil, como una estatua tallada en el dolor. Me detengo a su lado, cerca pero sin llegar a tocarla. La brisa

salada le agita los mechones de pelo por la cara y anhelo alisárselos, pasar los dedos por las hebras sedosas.

"Hola", murmuro, bajando la voz y tranquilizándome. "¿Qué ocurre?

Se le escapa una risa áspera y quebradiza, que chirría contra mi piel como un cristal hecho añicos.

"Todo", dice, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. "Dios, todo está hecho un desastre".

Se vuelve hacia mí, con los ojos crudos y suplicantes. En ellos veo una vorágine de emociones: dolor, anhelo, desesperación y algo más. Algo que parece dolorosamente... esperanza.

"Lo siento", susurra, con la voz entrecortada por un sollozo. "Por huir. Por alejarte. Es que... no puedo...".

Se separa, con lágrimas frescas corriéndole por las mejillas. No puedo evitar extender la mano y estrechar su rostro entre mis palmas. Se inclina hacia mí, con los ojos cerrados. Una bendición y una súplica.

"Háblame", le insto suavemente, barriendo con los pulgares la humedad de su piel. "Por favor. Deja que te ayude".

Ella respira entrecortadamente y asiente. Cuando abre los ojos, están más claros. Decidida. Desnuda.

"Vale", dice, apoyando la frente en la mía. Su aliento pasa como un fantasma por mis labios, dulce y embriagador. "Pero no aquí. En un lugar privado. Y tienes que prometerme que escucharás, que escucharás de verdad, antes de juzgarme".

"Te lo prometo", juro fervientemente, sintiéndolo con cada fibra de mi ser. "Estoy aquí. No iré a ninguna parte".

Da un paso atrás y me coge la mano, entrelazando nuestros dedos. Un ancla en la tempestad.

Me empuja hacia el hotel. "Vamos. Vayamos más abajo en la playa, donde es privado. Es hora de que te diga la verdad".

Mientras caminamos cogidos de la mano por la arena, el sol moribundo pintándonos de tonos dorados y sombras, siento que el eje de mi mundo se desplaza. Se realinea.

Esta mujer es un misterio. Un enigma hermoso y hechizante. Pero, por primera vez, empiezo a sentir que podría tener la oportunidad de resolverlo.

Y ya sé, sin lugar a dudas, que ella será la mayor aventura de mi vida.

Capítulo 9



OLIVIA

No puedo creer que esté haciendo esto. Desnudar mi maltrecha alma ante un hombre al que apenas conozco, confesarle mis secretos más oscuros y mis vergüenzas más profundas como si fuera una retorcida confesión de medianoche. Pero cuando miro a Nate, cuando lo miro de verdad, algo en sus ojos oceánicos -un profundo pozo de sincera preocupación y gentil comprensión- me impulsa a quitar las capas. A dejarle ver las partes más feas y heridas de mí que he mantenido encerradas durante tanto tiempo.

En cuanto estamos en un lugar privado, suelto. "Sé quién eres. Eres Nate Weston. El hermano de Evan".

Me parpadea, la sorpresa parpadea en su bello rostro, rápidamente perseguida por la confusión. "¿Cómo...? Sacude ligeramente la cabeza. "¿Cómo lo sabes?

Respiro estremecida, con los pulmones contraídos como si estuvieran atados con alambre de espino. Me preparo para la parte más difícil, la vergonzosa verdad que podría destrozar la frágil conexión que hay entre nosotros.

"Porque soy la ex prometida de Evan, Olivia. Con la que se suponía que iba a casarse antes de...". Las lágrimas calientes me escuecen detrás de los párpados. "Antes de que me rompiera el corazón en un millón de pedazos".

El silencio se extiende entre nosotros, tenso y pesado, mientras Nate me mira con incredulidad. Observo cómo las emociones se entremezclan en su rostro como nubes que surcan el cielo: conmoción, confusión, comprensión y, finalmente, un hirviente fondo de ira. Aprieta la mandíbula, un músculo palpita bajo la superficie cubierta de barba.

"Lo sabías", dice, su voz plana y dura como una capa de hielo. "Todo este tiempo, desde el momento en que me viste por primera vez, sabías exactamente quién era. Y aun así me

dejaste...". Exhala un suspiro agudo y se pasa una mano por el pelo revuelto. "Me utilizaste".

"¡No!" La negación se desgarra en mi garganta, cruda y desesperada. "No fue así, lo juro. Cuando nos conocimos, cuando... conectamos" -un eufemismo que me parece totalmente inadecuado para describir la resonancia profunda que sentía con él- "no sabía que eras el hermano de Evan. No hasta la mañana siguiente, cuando te quitaron la máscara y vi tu cara.

Me quedo pensativa, con la vergüenza caliente inundándome las mejillas al recordar que me desperté en la cama de Nate, con nuestros miembros desnudos enredados, y los recuerdos de nuestra noche salvaje y apasionada me invadieron con un detalle exquisito e insoportable. La embriagadora emoción del deseo y la conexión, seguida rápidamente por el horror y la humillación al darme cuenta de que acababa de acostarme con el hermano gemelo de mi ex prometido, apenas unos días después de que Evan me destrozara el corazón.

"Nunca quise hacerte daño -susurro, con un dolor de garganta al pronunciar las palabras. "Aquella noche... no se trataba de utilizarte ni de vengarse retorcidamente de Evan. Simplemente estaba tan perdida, tan destrozada. Necesitaba sentir algo, cualquier cosa, que no fuera dolor. Necesitaba sentirme deseada y viva y... -trago saliva- "digna".

Se me quiebra la voz al pronunciar la última palabra, toda una vida de inseguridades y dudas sobre mí misma que se alzan para ahogarme. El rostro de Nate se suaviza, las duras líneas de la ira se funden en algo más suave, más tierno.

"Olivia", murmura, su voz profunda me envuelve como un bálsamo tranquilizador. "¿Qué pasó entre Evan y tú? ¿Qué te ha hecho para herirte tanto?".

El dique que llevo dentro se rompe, y toda la sórdida historia sale de mí en un torrente de lágrimas amargas y palabras rotas. Le cuento a Nate que pillé a Evan engañándome con mi hermana, la traición definitiva. Sobre la humillación y la devastación que sentí, el dolor que me dejó hueca. Le cuento cómo huí al bar aquella noche, desesperada por adormecer el dolor, por sentir algo, cualquier cosa. Cómo conocerle, conectar con él, aunque sólo fuera durante unas horas robadas, me hizo sentirme vista y viva de nuevo cuando creía que nunca volvería a sentirme más que insensible.

Me duele la garganta. "No planeaba acostarme contigo. Simplemente... ocurrió. En ese momento, me hiciste sentir querida y deseada de una forma que no había sentido en mucho tiempo. Y lo necesitaba tanto, aunque sólo fuera por una noche".

Nate guarda silencio durante un largo momento, sus ojos oceánicos escrutando los míos, sondeando las profundidades de mi alma destrozada. Me preparo para su juicio, para su disgusto, para el momento inevitable en que se marche, como todos los demás.

Pero entonces me sorprende. Me coge la cara con sus manos grandes y cálidas, y sus pulgares apartan suavemente las lágrimas que corren por mis mejillas.

"No tienes nada de qué avergonzarte", dice con fiereza, su voz grave vibra a través de mí. "Evan es quien te ha traicionado. ¿Me oyes? Nada".

Un sollozo entrecortado se me atrapa en la garganta, el pecho me duele por una repentina oleada de emociones: alivio, gratitud y la dulce angustia de la absolución. De ser vista en mi estado más oscuro y vulnerable, y aun así ser abrazada, querida, perdonada.

"Aquella noche contigo -continúa Nate, con sus profundos ojos azules clavados en los míos- no fue para mí una simple aventura sin sentido. Significó algo. Te metiste en mi piel, en mi corazón. No he podido dejar de pensar en ti".

Respiro con fuerza, sin atreverme a creer lo que digo. "Yo también lo sentí", susurro, con la dolorosa verdad quemándome la lengua. "La conexión entre nosotros, la forma en que me hiciste sentir. Me daba miedo. Aún me asusta".

"¿Por qué?" pregunta Nate suavemente, sus dedos deslizándose por mi pelo, acunando mi cabeza como si yo fuera algo infinitamente precioso.

"Porque me haces desear cosas que no debería", confieso, con la voz entrecortada. "Cosas que ya no estoy segura de merecer. No después de todo..."

"Hola". Me levanta la barbilla y me obliga a mirarle. Sus ardientes ojos azules se clavan en mí, fieros y llenos de sentimiento. "Escúchame. Te mereces todo lo bueno de esta vida. Amor, felicidad, placer, todo ello. No dejes que lo que te hizo Evan te haga creer algo diferente".

Lágrimas frescas se derraman por mis mejillas, mi corazón demasiado lleno, mi alma demasiado cruda y expuesta. Me lanzo hacia delante, un grito roto escapa de mis labios mientras aplasto mi boca contra la suya. Vierto todo lo que siento en la presión desesperada de mis labios, todo lo que no encuentro palabras para decir. Mi anhelo, mi gratitud, mi frágil y dolorida esperanza de que tal vez, sólo tal vez, no esté tan rota como creía.

Nate emite un sonido áspero en el fondo de su pecho, me rodea con los brazos y me arrastra contra el duro calor de su cuerpo. Me agarra el pelo con una mano y me extiende la otra por la espalda mientras toma el control del beso y hunde su lengua en lo más profundo. Reclamándome, consumiéndome, encendiendo una tormenta de fuego en mi sangre.

Me derrito en él, en el exquisito deslizamiento de sus labios sobre los míos, en el calor embriagador de su piel. El resto del mundo se desvanece, reducido a mero ruido blanco, mientras me pierdo en la fuerza de sus brazos, en la ternura de su tacto. Los pedazos rotos de mi corazón

vuelven a unirse, el hueco dolorido de mi pecho se llena de luz y calor y del peligroso destello de la esperanza.

Sé que aún nos queda mucho por descubrir, tantos obstáculos e incertidumbres por delante. Pero aquí, ahora, envuelta en Nate, siento que las partes rotas de mí misma empiezan a sanar lentamente. Con cada roce de sus labios, cada reverente caricia de sus dedos, siento cómo se disuelven la vergüenza y el dolor y las amargas inseguridades.

Por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, me siento digna.

Entero.

Capítulo 10



NATE

Caída libre. Es la única forma de describir esta sensación: como si me hubieran empujado de un avión sin paracaídas, precipitándome por el aire vacío. La confesión de Liv detonó como una bomba en mi pecho, destruyendo todas las suposiciones que tenía sobre aquella noche inolvidable.

Olivia. La prometida de mi hermano. La mujer a la que Evan debía comprometerse para siempre, hace sólo unos días.

No estaba jugando conmigo, ni tramando algún complot vengativo. Estaba perdida. Dolida. Buscando algo real a lo que aferrarse, sólo por un momento. Y, de algún modo, se lo di. Un salvavidas. Un refugio. Aunque entonces no pudiéramos verlo.

Se abalanza sobre mí, su boca choca contra la mía con una urgencia febril que me abrasa hasta la médula. Gimo contra sus labios, la rodeo con los brazos como si fueran de acero y hundo una mano en su pelo sedoso. Suave. Dios, es tan suave. Las exuberantes curvas de su cuerpo se amoldan a mis planos y ángulos más duros mientras rozo con la palma de la mano su columna vertebral, su cintura, el dulce oleaje de su culo. Como piezas de puzzle que encajan. Como si estuviera hecha para mí.

Deslizo mi boca sobre la suya, profundizando el beso con una desesperación desgarrada. Exigente. Devorador. Hambriento de cada gemido y suspiro. Se abre para mí, cálida y dispuesta, cediendo a mi lengua exploradora, a mis dientes mordedores. El deseo me recorre, caliente y fuerte. Sería tan fácil bajarla a la arena. Adorarla con las manos, los labios y el cuerpo hasta que se hiciera añicos. Hasta que el placer borre todo lo demás.

El mundo se condensa. Se estrecha. No existe nada más que la seda adictiva de su piel. El jazmín de su pelo. El sabor salado de sus labios. Los sonidos guturales que exhala en mis pulmones.

Quiero saborear cada centímetro de ella. Trazar un mapa de sus curvas, huecos y lugares secretos hasta que se graben a fuego en mi memoria.

Pero suavizo mi tacto. Suavizo el beso hasta convertirlo en algo reverente. Tierno. Ella es cristal girado entre mis brazos, y me aterra que un movimiento en falso la haga añicos. Romperla. Ya habrá tiempo para satisfacer los impulsos más oscuros y salvajes. Tiempo para reclamar cada parte de ella, cuerpo y alma.

Por ahora, me limito a abrazarla mientras el ardiente resplandor del atardecer pinta su piel de ámbar y oro rosa. La acuno contra mi pecho y rezo para que no pueda sentir el violento golpe de mi corazón. Las verdades atrapadas tras mis costillas.

Que esto es real, esta conexión tan profunda. Que ahora estamos atados, ella y yo. Atados por hilos invisibles.

Que estoy dando tumbos junto a ella, y que no hay vuelta atrás. Sólo hacia delante. Sólo ella.

Cuando esté preparada, cuando haya estabilizado sus pies, estaré aquí.

Esperando a que me coja de la mano. Esperando a cogerla.

Capítulo 11



NATE

Camino como un rayo de sol hacia mi habitación, con una sonrisa de bobo en la cara. Aún siento un cosquilleo en los labios por los electrizantes besos de Liv, y su sabor permanece en mi lengua como un vino embriagador. Siento que mi corazón está a punto de estallar, volando en alas de una euforia vertiginosa que nunca antes había experimentado. Es como si hubiera ido por la vida viendo sólo en blanco y negro, y ella hubiera hecho estallar mi mundo en tecnicolor.

Tengo el número de Liv guardado en mi teléfono como el más preciado de los tesoros. Ella quiere esto: me quiere a mí. A pesar de la innegable tormenta de mierda que supone enamorarte de la ex prometida de tu hermano gemelo. Pero Olivia no es un premio de consolación. Es una revelación y me elige a mí. Con equipaje dañado y todo.

Estoy tan borracha de euforia que no me doy cuenta de la figura que se cierne ante mi puerta hasta que casi choco contra él. Me detengo en seco y mi burbuja de champán y felicidad estalla al encontrarme con la mirada tormentosa de mi hermano. Evan parece muy cabreado, sus rasgos de estrella de cine se contorsionan en un feo ceño.

"¿Qué coño pasa, Nate?" exige Evan, agolpándose en mi espacio con un contoneo agresivo.

Suspiro, mi ánimo jubiloso se marchita bajo la fulminante mueca de desprecio de mi gemela. Uso mi tarjeta-llave en la puerta de la habitación del hotel y se la abro a Evan. "Yo también me alegro de verte, hermano. ¿A qué debo este placer?"

"Basta de tonterías cursis". Evan me clava un dedo en el pecho al pasar junto a mí y entrar en la habitación. Sus ojos escupen veneno. "Te vi besándote con Olivia en la playa. Mi prometida, por si lo has olvidado".

"Ex prometida", corrijo suavemente. Mientras cierro la puerta, mi ira empieza a hervir en mis entrañas. "¿O has omitido convenientemente la parte en la que te tiraste a su hermana?".

Evan tiene los cojones de estremecerse, pero se recupera rápidamente, cuadrando los hombros y poniéndose justo delante de mí.

"¿Así que te abalanzas sobre ella y te la robas en cuanto es vulnerable? Muy elegante".

Oh, no acaba de llegar ahí, joder. El rojo llena mi visión y mis manos se cierran en puños a los lados. Como si alguna vez fuera a aprovecharme del dolor de Liv. Me cortaría mi propio brazo antes de aumentar su sufrimiento.

"Ten cuidado, hermanito", le advierto, gruñendo por lo bajo. "Estás pisando hielo muy fino".

Evan suelta una carcajada áspera, fea y burlona. "Qué rico, viniendo del tipo que husmea tras mis sobras. ¿Qué te pasa, Nate? ¿No pudiste ligarte a una chica por tu cuenta, así que tienes que robarme la mía?".

Los viejos resentimientos surgen como la bilis, hirvientes y amargos. Evan, el chico de oro. El hijo predilecto. El que consiguió a la chica, la gloria, todo el maldito mundo servido en bandeja de plata. Mientras yo me quedaba ahogándome en su polvo, arañando las sobras.

Pero esta vez no. Olivia no es el premio de consolación de Evan ni su mercancía de segunda mano. Es un puto tesoro, y espero que cuanto más tiempo estemos juntos, ella me elija a mí. Que me parta un rayo si dejo que el ego sobredimensionado de mi gemelo empañe la maravilla que se despliega entre nosotros.

"Olivia no es 'tuya', gilipollas", muerdo apretando los dientes. "No es algo que se pueda poseer. Es una mujer increíble que toma sus propias malditas decisiones. Y me está eligiendo a mí. Porque has jodido lo mejor que te ha pasado nunca".

Evan se balancea sobre sus talones, algo parecido a un shock ondulando por su rostro irritantemente apuesto. Por un segundo, vislumbro en sus ojos un dolor crudo y desnudo. Un destello del chico dulce y sensible con el que crecí antes de que el ego y el derecho lo convirtieran en un imbécil furioso.

"Mierda, de verdad te preocupas por ella", dice Evan, un poco asombrado. "Esto no es sólo un juego de poder o un 'que te jodan' para mí. Realmente te has enamorado de ella".

"Claro que sí". No oculto la feroz convicción de mi voz. "Y no dejaré que nadie, y menos tú, lo estropee".

Me muevo para sentarme en el borde de la cama y Evan me mira fijamente durante un largo y ponderado rato, escudriñándome la cara como si intentara pillarme en una mentira. Cuando no la encuentra, parece derrumbarse sobre sí mismo, sus anchos hombros se hunden en señal de derrota.

"Dios, la he cagado, ¿eh?". Se pasa una mano por la mandíbula perfectamente cincelada. "Tenía una chica increíble y la pisoteé por unas emociones baratas".

"Sí, la has cagado", le doy la razón, no veo por qué endulzarlo. Evan ha hecho su cama, puede acostarse en ella. "Pero eso es culpa tuya, no de Olivia. Tienes que dejarla marchar, tío. Déjala ser feliz. Dios sabe que se lo merece después de aguantar tu mierda".

Evan suspira pesadamente, la lucha se agota en él. Se le cae la máscara de imbécil arrogante y, por una vez, mi hermano parece perdido. Joven. Como el niño que solía meterse en mi cama durante las tormentas.

"Pero... no le hagas daño, ¿vale?". La voz de Evan es ronca, casi suplicante. "Trátala bien. Mejor que yo".

"Lo haré", juro, las palabras son un juramento solemne. "Lo juro por todo lo que aprecio".

Evan asiente bruscamente, tragando saliva. Se da la vuelta para irse, pero se detiene con la mano en el pomo de la puerta.

"Lo siento, ¿sabes?", dice en voz baja, sin llegar a mirarme a los ojos. "Por... bueno, por muchas cosas. No he sido un gran hermano. Me gustaría cambiar eso, si me dejas".

Las emociones me obstruyen la garganta. A pesar de todos nuestros problemas, nuestras rivalidades y resentimientos, Evan sigue siendo mi gemelo. Mi otra mitad. La única persona en este mundo que me conoce hasta las moléculas. Aunque a menudo utilice ese conocimiento como un arma.

"Sí, a mí también me gustaría", me las apaño con el nudo en la tráquea. "Cuídate, Ev".

Emite un sonido ahogado, a medio camino entre una risa y un sollozo, y luego desaparece. Me desplomo sobre la cama, repentinamente sin huesos.

La cabeza me da vueltas, las tripas se me revuelven de emociones. Aquel enfrentamiento tardó mucho en llegar, como una punzada en una herida que llevaba años supurando. No borra mágicamente el dolor, pero parece un comienzo. Un primer paso tentativo hacia la curación de las fracturas que nos separan.

No sé cómo va a funcionar lo de Evan, Olivia y yo, pero me asombra muchísimo que Evan no ponga más pegas a Olivia. No me malinterpretes, mi hermano puede ser una auténtica pieza, pero no es el diablo encarnado. La vida es un lío y la gente es complicada. Evan tiene sus demonios, igual que yo.

Busco a tientas el teléfono, presa de una repentina y apremiante necesidad de oír la dulce voz de Olivia. Disfrutar de su presencia tranquilizadora y saber que esta cosa salvaje y hermosa que hay entre nosotros es real. Que no la estoy soñando en una bruma de ilusiones.

Pero me detengo antes de hacer una locura, como llamarla y proponerle matrimonio en el acto. No quiero abrumarla ni hacer que se sienta agobiada. Sólo tenemos tiempo para deleitarnos el uno con el otro. Por ahora, bastará con un mensaje rápido.

Nate

A cenar. ¿Esta noche?

Pulso "Enviar" antes de acobardarme, con una sonrisa infantil y vertiginosa que me estira las mejillas. Dios, estoy completamente enamorado de esta chica y dando tumbos hacia el amor.

¿Y sabes qué? No cambiaría ni una maldita cosa. Liv es el mejor giro argumental de mi vida. Y estoy deseando ver adónde va nuestra historia a partir de ahora.

Capítulo 12



OLIVIA

Aún me hormiguean los labios por los besos de Nate. Resulta surrealista encontrar una conexión tan profunda en medio de la tormenta de mierda que supuso la implosión de mi compromiso. Pero antes de que pueda asimilar este vertiginoso giro de los acontecimientos, abro la puerta del hotel y estalla la vertiginosa burbuja.

Alexis se posa en el borde de mi cama desarreglada como una gárgola rubia, toda bordes afilados y dientes relucientes. "Vaya, vaya. Livvy está de rebote. ¿Saltando a la cama con el de repuesto? Qué deliciosamente desesperada". Su tono azucarado apenas disimula el veneno que hay debajo.

Me detengo en el umbral de la puerta, con los pelos de punta al tiempo que la resignación me punza la piel. Claro que lo sabe. Los secretos no son más que cerraduras defectuosas esperando a ser forzadas por las manos cuidadas de Alexis. No me molesto en preguntarle cómo ha entrado. Alexis es astuta cuando quiere algo.

"¿Qué quieres?" Mis palabras salen planas, demasiado cansado de la lucha.

exclama, examinando sus impecables uñas de coral. "¿Así saludas a tu hermana mayor? Sólo estoy comprobando. A ver cómo te las apañas con la desaparición de tu 'felices para siempre'". Sus ojos se dirigen a los míos, crueles y calculadores bajo la apariencia de preocupación.

Aprieto la mandíbula hasta que me crujen las muelas. El impulso de gritar, de arremeter contra ella, de hacerle daño como ella me hizo a mí, me sube a la garganta como la bilis. Pero me lo trago. Alexis se alimenta de drama, como un vampiro con zapatos Louboutin, y no le daré esa satisfacción.

"La verdad es que estoy fantástica". Entro de lleno en la habitación y cierro la puerta de una patada con el tacón, un gesto casual que no siento. "Resulta que Evan me hizo un favor. Me liberó para encontrar a alguien honesto".

Sus labios rojos se tuercen. "¿Y crees que es Nate? Cariño. Tú siempre fuiste la ingenua". Se levanta en un susurro de seda, toda largos miembros y gracia serpenteante mientras se desliza más cerca. "Él es sólo una parada en boxes en tu camino de vuelta a suspirar por el hombre que realmente quieres. El que siempre has querido".

Un viejo dolor late detrás de mis costillas, el fantasma de una chica que creía que Evan colgaba de la luna. Pero entonces el rostro de Nate pasa por mi mente -la bondad de sus ojos, la reverencia de su tacto, la forma en que me ve, me ve de verdad- y el fantasma se desvanece. Nate no es un premio de consolación; es un despertar, una oportunidad para algo más. Algo mejor.

"Te equivocas". Las palabras suenan claras y fuertes, apuntaladas por una certeza de cimientos. "Nate no es un rebote. No es el sustituto de Evan ni su segundo plato. Lo es... todo". La miro de frente, inquebrantable. "Y no dejaré que rebajes lo que tenemos con tus tonterías amargas".

Los ojos de Alexis se abren de par en par, una grieta en su máscara de cerámica, antes de estrecharse hasta convertirse en astillas plateadas. "Oh, Liv. Tan joven, tan tonta. ¿De verdad crees que Nate es el príncipe azul? ¿Que pasará por alto todos tus defectos y te amará para siempre?".

Da un paso más, agolpándose en mi espacio hasta que el soplo de su perfume amenaza con ahogarme. "Un consejo de alguien que ha pasado por lo mismo: los hombres como Nate no acaban con chicas como tú. Sólo eres un pequeño reto divertido, una forma de superar a Evan. Pero al final, se dará cuenta y pasará a cosas más brillantes. ¿Y dónde te dejará eso a ti?".

Durante un momento suspendida, su veneno se hunde, las viejas heridas palpitan de nuevo. Pero entonces recuerdo los ojos brillantes de Nate mientras me abrazaba, el asombro y el afecto y el anhelo puro. Y sé, en lo más profundo de mi alma, que esto es diferente. Que somos diferentes.

"Me deja feliz. Valorada. Apreciada". Levanto la barbilla, más erguida, más alta, con el acero tejiendo mi columna vertebral. "Ves, ésa es la diferencia entre tú y yo, Lex. Yo sé lo que valgo. Sé lo que merezco. Y seguro que no son los descuidados segundos de Evan". Doy un paso adelante y me alegro cuando retrocede. "He dejado de perseguir a gente que nunca me pondrá en primer lugar. Me elijo a mí. Elijo el amor real, desordenado y honesto. Y si no puedes soportarlo, ahí está la puerta".

Hago un gesto detrás de ella, una clara invitación a marcharse. A que se lleve sus proyecciones tóxicas y su envidia profundamente arraigada y se largue de mi espacio, de mi vida.

Durante un segundo, se me queda mirando, con la boca abierta, y creo vislumbrar algo crudo bajo el hielo: un latigazo de dolor, una llamarada de respeto a regañadientes. Pero entonces parpadea y desaparece, su máscara vuelve a su sitio.

"Tu funeral", dice con ligereza, pasando a mi lado. "No vengas a llorarme cuando todo se desmorone".

El portazo parece un punto y final, un final decisivo a un capítulo de mi vida que me ha traído más dolor que alegría. Suelto un suspiro estremecedor, todo mi cuerpo se relaja en un alivio bendito.

Sé que no será lo último que oiga de Alexis. No es de las que ceden el campo de batalla con elegancia. Pero por ahora, me deleito en esta pequeña victoria, en elegirme a mí misma por encima de sus manipulaciones. En la lucha por algo real y absolutamente precioso.

Mi teléfono suena y me apresuro a cogerlo, con una lenta sonrisa que ya se extiende al ver a Nate invitándome a cenar. El calor se hincha en mi pecho, elevándome, elevándome, hasta que me elevo. Este hombre que quiere estar conmigo.

Olivia

Me apunto. Hasta pronto, guapo.

Pulso "Enviar" y me dejo caer sobre la cama, abrazando el móvil contra mi pecho como una adolescente enamorada. ¿Y por qué no? Por primera vez en mi memoria reciente, me siento mareada, esperanzada, iluminada desde dentro por nuestro potencial.

Tarareando desafinadamente, me quito el vestido arrugado y prácticamente salto al baño, contando ya los segundos que faltan para volver a los brazos de Nate.

Deja que Alexis maquine. Deja que Evan se agite y se arrepienta. Deja que el mundo entero señale y susurre.

Nada de eso importa, no ante esta nueva y gloriosa verdad que se despliega en mi interior. Soy digna. Soy suficiente.

Y lucharé como una loca por mi "felices para siempre".

Capítulo 13



OLIVIA

El resplandeciente salón de baile me envuelve en su cálido ambiente mientras me apoyo en el sólido cuerpo de Nate, con su brazo como un peso reconfortante alrededor de mi cintura. Unas centelleantes luces de hadas parpadean en lo alto, arrojando un romántico resplandor sobre la multitud parlanchina. El tintineo de las copas de champán se mezcla con la suave música de jazz, una banda sonora festiva para la gran gala del complejo. Las parejas se balancean por la pista de baile, con los rostros radiantes de alegría y afecto. Es una escena mágica sacada directamente de un libro de cuentos.

Nate y yo ampliamos nuestras vacaciones para pasar más tiempo juntos, y ha sido una semana mágica. Es curioso lo rápido que cambian las cosas. Cómo en el espacio de unos días, mi mundo ha dado un vuelco de la mejor manera posible. Porque aunque Evan me destrozara el corazón cuando me traicionó con Alexis, también me hizo un favor involuntario: me condujo directamente a Nate.

Nate, cuya mera presencia enciende una llama en mi alma que el tibio afecto de Evan nunca pudo. Nate, que me mira como si fuera la única mujer del mundo, apreciada y adorada. Con él, me estoy dando cuenta de que no necesito una boda ostentosa ni un marido perfecto para sentirme digna. Él me ve, mi yo real, y acepta todos mis defectos y rarezas. Por primera vez, no tengo miedo de ser yo misma. Por fin me siento lo bastante buena.

Perdida en mis pensamientos, me sobresalto un poco cuando Nate me da un beso en la sien, su aliento caliente como el whisky me roza la piel. "¿Qué tienes en mente, preciosa? Tienes esa arruguita tan mona entre las cejas".

Inclinando la cabeza hacia atrás, me encuentro con su mirada escrutadora, sumergiéndome en esos interminables charcos cerúleos. "Estaba pensando en lo mucho que ha cambiado. En lo

diferente que me siento ahora, contigo".

Sus ojos se suavizan mientras mueve una mano hacia mi cara. Su pulgar roza mi pómulo mientras me acuna mientras me estudia. "Una buena diferencia, espero".

"El mejor". Giro la cabeza y le doy un beso persistente en el centro de la palma de la mano, disfrutando de su respiración agitada al contacto íntimo. "Estar contigo, empezar a enamorarme de ti... es mejor que cualquier sueño de boda. Tú eres mi verdadero final feliz".

"Cariño". Se inclina para posar sus labios sobre los míos, una caricia apenas perceptible que aún me produce escalofríos. "No voy a dejarte marchar ahora que te he encontrado. Te quedas conmigo".

"¿Lo prometes? La palabra es un suspiro filiforme contra su boca tentadora.

"De todo corazón". Se echa hacia atrás y me sonríe, con los ojos arrugados en las comisuras. "No hay vuelta atrás. Tú y yo somos de verdad".

Las lágrimas me punzan el fondo de los ojos, calientes y escocidos por la fuerza de mis sentimientos hacia este hombre increíble. Mientras lo miro fijamente, me abruma la necesidad de hacerle comprender lo mucho que significa para mí, lo desesperadamente que quiero aferrarme al amor que brilla entre nosotros y no soltarlo nunca. Abro la boca, con las palabras apasionadas flotando en la punta de la lengua. Pero antes de que pueda pronunciarlas, él se abalanza sobre mis labios una vez más, besándome sin aliento y ahuyentando todo pensamiento racional de mi cabeza.

Lo único que puedo hacer es fundirme con él, rodearle el cuello con los brazos mientras me rindo al delicioso deslizamiento de su boca sobre la mía. Vierto cada gramo de mis sentimientos florecientes en el beso, dejo que mis acciones digan la verdad que no estoy preparada para expresar con palabras: que él está curando mi corazón destrozado, pedazo a pedazo, y llenándolo de algo infinitamente más precioso.

Algo que se parece mucho a una eternidad.

Capítulo 14



NATE

El aire templado de la noche acaricia mi piel mientras Olivia y yo serpenteamos por la orilla iluminada por la luna, el lejano estruendo de la música y las risas de la gala se desvanece bajo el rítmico choque de las olas. Las estrellas brillan en lo alto como diamantes dispersos, pero palidecen comparadas con la mujer incandescente que tengo a mi lado. Esta noche está cargada de magia y posibilidades, y me mareo al darme cuenta de algo que se ha ido acumulando en mis huesos desde el momento en que Liv me sonrió por primera vez en aquel salón de baile abarrotado.

Estoy enamorado de ella. Salvajemente, irrevocablemente, perdidamente enamorado de Olivia Gallagher.

Es una verdad que se consolida con cada mirada robada, cada roce de manos que dura demasiado para ser accidental. Una verdad que resuena en mi pulso acelerado cada vez que se ríe de mis chistes, en el dolor desconocido detrás de mis costillas cuando comparte partes de sí misma: sus esperanzas, sus heridas, sus sueños secretos. Liv se ha metido en mi piel, en las grietas de mi corazón, que lleva mucho tiempo amurallado. Es el primer pensamiento en mi mente cada mañana y el último antes de que el sueño me reclame.

Quiero decírselo, pero el miedo me atenaza la garganta. Porque, ¿y si ella no siente lo mismo? ¿Y si sólo soy una escapatoria temporal, un vendaje para las heridas que su ex prometido le hizo en su autoestima? ¿Y si...?

"¿Nate?" La suave voz de Liv atraviesa mi espiral de dudas. Ha dejado de caminar, sus finos dedos se enredan con los míos y me empuja para que me detenga a su lado. A la luz perlada de la luna, sus ojos verdes brillan con lágrimas no derramadas, vulnerables y dolorosamente hermosos.

Se me aprieta el corazón, la preocupación se apodera de mí. "Eh, ¿qué pasa? ¿Qué te pasa? Alargo la mano para acariciarle la cara, rozando con los pulgares el delicado arco de sus pómulos.

Se inclina hacia mí y sus pestañas se cierran por un instante. "No pasa nada, yo sólo...". Respira entrecortadamente, cuadrando los hombros como si estuviera preparándose para un golpe. "Mañana volvemos a casa. ¿Qué nos ocurrirá en el mundo real? ¿Cuando la magia de este lugar se desvanezca?".

La pregunta se extiende entre nosotros, frágil pero cargada de promesas y temores no expresados. Cruzo sus manos entre las mías, maravillada por lo perfectamente que encajan, como dos piezas de puzzle que por fin encajan en su sitio. Como si estuvieran hechas para abrazarse, piel con piel y alma con alma.

"Olivia, yo..." Las palabras se me atascan en la garganta, raspadas por el sentimiento. "Te quiero. Estoy tan malditamente enamorado de ti que es como un dolor físico. Estás en mi sangre, en mis huesos. En cada latido de mi corazón. Y eso no va a cambiar cuando nos vayamos de aquí. En todo caso, se hará más fuerte".

Una sola lágrima resbala por su mejilla, brillando plateada a la luz de las estrellas. "Nate", susurra, mi nombre como un suspiro reverente en sus labios. "Yo también te quiero. Tanto que me aterroriza".

La alegría estalla en mí, feroz y cegadora. La arrastro contra mí, hundiendo la cara en su pelo perfumado de vainilla mientras la levanto y la hago girar, mientras su risa tintineante se arremolina en el aire.

Se aferra a mí, rodeándome con brazos y piernas como si nunca quisiera soltarme. Vuelvo a ponerla en pie, pero la mantengo cerca, deleitándome con la presión de sus curvas, la forma en que siento su corazón galopar contra el mío, salvaje y exultante.

"Dilo otra vez", ronco, con el asombro y la incredulidad enredados en mi voz.

"Te quiero", respira contra mi mandíbula, puntuando cada palabra con un beso. "Te quiero, te quiero, te quiero...".

La corto con la boca, desesperado por saborear su declaración en mi lengua. Ella se abre a mí sin vacilar, enroscando los dedos en mi pelo mientras la hago retroceder. Tropezamos un poco en la arena movediza hasta que su espalda choca con el robusto tronco de una palmera, cuya áspera corteza me raspa los nudillos mientras me mantengo encima de ella.

Sigo besos abrasadores a lo largo de la columna de su garganta, embriagado por el sabor salado y dulce de su piel y el aleteo de colibrí de su pulso. Echa la cabeza hacia atrás y un gemido

jadeante se escapa de sus labios hinchados por los besos.

"Por favor", gime, sus uñas clavándose deliciosamente en mis hombros. "Te necesito. Necesito sentirte".

Comprendo la desesperación, el deseo de grabar este momento en nuestros cuerpos de forma tan indeleble como está grabado en nuestros corazones. Me arrodillo y subo las manos por sus muslos temblorosos, apartando la falda de gasa de su vestido. El aire húmedo de la noche está perfumado con el embriagador almizcle de su excitación y gimo, con la sangre inundándome tan rápido que me mareo.

"Te quiero", respiro contra la seda húmeda del interior de su muslo, puntuando las palabras con el roce de mis dientes. "Déjame demostrarte cuánto".

Y entonces aparto sus bragas y pongo mi boca sobre ella mientras el resto del mundo se desvanece, reduciéndose al tono febril de sus gritos y al calor aterciopelado de su piel. La adoro con los labios, la lengua y las manos reverentes, decidida a destrozarla tan profundamente como ella me ha destrozado a mí, derramando toda la luz que he mantenido atrincherada tras mis costillas.

Sus caderas se agitan contra mi cara, desesperadas por más, y yo la complazco, arrastrando la parte plana de mi lengua desde su entrada hasta su clítoris, saboreando su gusto. "Eres tan jodidamente deliciosa", gruño contra su carne, sintiendo la vibración de mis palabras resonar en su cuerpo. "Podría beberte toda la noche.

Liv se estremece, sus dedos se clavan en mi pelo, tirando de mí como si no tuviera suficiente. Su respiración se entrecorta y sé que está a punto, que su cuerpo se tensa con la promesa de la liberación. Deslizo dos dedos dentro de ella, enroscándolos para tocar ese punto dulce, y sus paredes se estrechan a mi alrededor. "Dios, qué bien te sientes", murmuro, con la voz áspera por la necesidad. "Quiero sentir cómo te corres sobre mis dedos, nena".

Sus caderas se mueven al ritmo de mi mano, sus gemidos se convierten en jadeos cuando me meto el clítoris en la boca, ejerciendo la presión justa. Su sabor es adictivo y no puedo saciarme; mi lengua baila sobre su yema hinchada, provocándola y tentándola.

"Por favor, Nate", susurra, con la voz temblorosa por la necesidad. "Más, necesito más".

Sonrío contra ella, me encanta el sonido de su súplica. Me alejo un poco, con mi aliento caliente sobre su piel húmeda. "¿Quieres más, nena? pregunto con voz grave y siniestra. "¿Quieres que te haga gritar?

Ella asiente, con los ojos vidriosos de lujuria. "Sí, por favor. Hazme gritar".

Y lo hago. Entierro mi cara entre sus piernas, mi lengua implacable, mis dedos bombeando dentro y fuera de ella con una ferocidad que la hace ver las estrellas. Su cuerpo tiembla, sus músculos se tensan y sé que está al límite.

"Ven a por mí", ordeno, mi voz es un áspero susurro. "Déjame oírte gritar".

Y lo consigue. Su cuerpo se convulsiona, sus paredes se aprietan en torno a mis dedos mientras alcanza el orgasmo y sus gritos resuenan en el aire nocturno. A ninguno de los dos nos importa si alguien nos oye. Mantengo mi boca sobre ella, sorbiendo cada gota de humedad hasta que su cuerpo se debilita y se desploma contra el árbol.

Me retiro, con los labios brillantes de sus jugos, y la miro. Tiene los ojos cerrados y el pecho agitado mientras intenta recuperar el aliento. Me arrastro por su cuerpo, dándole suaves besos en la piel, hasta que llego a su boca. Me abre sin vacilar, su lengua se enreda con la mía, saboreándose en mí.

"Eres increíble", murmura contra mis labios, su voz suave y saciada. "Te quiero tanto".

Sonrío, sintiendo que mi corazón se hincha de amor. "Yo también te quiero. Más de lo que nunca sabrás".

Y en ese momento, nada más importa.

Epílogo



OLIVIA

Un año después...

Las suaves briznas de hierba cosquillean mis pies descalzos mientras avanzo por el patio trasero de mis padres, el delicado dobladillo de encaje de mi vestido blanco susurrando contra mis tobillos a cada paso. Hilos de luces centelleantes se entrecruzan entre los árboles, proyectando un romántico resplandor sobre el espacio. El embriagador perfume de rosas, peonías y gardenias emana de los exuberantes arreglos florales que adornan todas las superficies. Es exactamente como lo había imaginado: un lugar sencillo e íntimo transformado en algo increíblemente hermoso. El lugar perfecto para casarme con mi alma gemela.

El corazón me da un vuelco en el pecho cuando llego al final del pasillo. Nate me está esperando, devastadoramente guapo con su traje a medida. Sus ojos azul océano brillan con lágrimas no derramadas y pura adoración mientras me absorben. Esa sonrisa torcida que tanto me gusta se dibuja en sus labios y hace que mis rodillas se vuelvan gelatina. Dios, ¿cómo he tenido tanta suerte?

Me coloco a su lado y mi mano encuentra la suya como un imán. Nate entrelaza nuestros dedos y los aprieta suavemente. Un ajuste perfecto, como nosotros. La oficiante comienza la ceremonia, sus palabras me inundan, pero me pierdo en los ojos de Nate, en el amor y la promesa que brillan en ellos. Esto está ocurriendo de verdad. Todo el dolor, toda la angustia, todas las luchas... nos han conducido hasta aquí, hasta este momento perfecto en el que nos comprometemos para siempre.

La emoción me atasca la garganta mientras intercambiamos votos, derramando nuestros corazones delante de nuestros seres queridos más cercanos. La voz de Nate tiembla de sinceridad cuando promete amarme, quererme y apoyarme siempre. Las lágrimas me nublan la vista

mientras le repito las palabras, sintiéndolas con cada fibra de mi ser. Alcanzo a ver a Amanda, con su bonito rostro bañado en lágrimas de felicidad mientras nos observa con su pequeño en brazos. Me mira y me guiña un ojo, inclinando la cabeza hacia el apuesto hombre que está a su lado. El que conoció en aquellas fatídicas vacaciones hace un año. Su brillante sonrisa lo dice todo: también ha encontrado a su amor eterno. Mi corazón se hincha de alegría por ella, por nosotros. Somos los afortunados.

"¡Os declaro marido y mujer!", declara el oficiante, radiante. "Nate, puedes besar a tu novia".

Nate grita y me atrapa entre sus brazos, sus labios reclaman los míos en un beso apasionado que hace que se me enrosquen los dedos de los pies. Me aferro a él, saboreando su sabor familiar, su aroma, la forma en que su fuerte cuerpo se amolda al mío. Mi marido. Es mío y yo soy suya, para siempre jamás.

Nos separamos, mareados y sin aliento. Nate apoya la frente en la mía, con una sonrisa cegadora. "Lo hemos conseguido, Sra. Weston".

"Claro que sí, Sr. Weston". Le devuelvo la sonrisa, con las mejillas doloridas por la fuerza de mi alegría.

Cogidos de la mano, volvemos al altar entre los vítores y aplausos de nuestros seres queridos. Nos llueven pétalos de rosa, que se enredan en mi pelo y se arremolinan alrededor de nuestros pies. Nunca me había sentido tan querida, tan completa.

El banquete transcurre entre copas que tintinean, brindis sinceros, risas y lágrimas de felicidad. Giramos alrededor de la pista de baile, envueltos el uno en el otro mientras las luces de las hadas brillan como un dosel de estrellas. Veo a Amanda y a su novio besándose, con los ojos llenos de amor y promesas. Mi corazón se aprieta tanto que podría estallar.

A medida que la noche se acaba, no puedo evitar notar la ausencia de Alexis y Evan. Un destello de tristeza atraviesa mi felicidad. No les hemos invitado. Las heridas aún están demasiado abiertas, la traición demasiado fresca. Pero tengo la esperanza de que el tiempo y la distancia suavicen los bordes rasgados. Que el compromiso de Evan con el cambio y la curación reparará algún día los lazos fracturados que nos unen. Por ahora, dejo a un lado el dolor y me concentro en lo bueno. En el hombre que tengo a mi lado y en el futuro que estamos construyendo juntos.

Nate tira de mí para acercarme, su olor familiar crea un zumbido de satisfacción por todo mi cuerpo. "Por fin solos. ¿Estás lista para salir de aquí y empezar nuestro para siempre, preciosa?"

"¿Para siempre contigo?" Me meneo más cerca, pasando las manos por su pecho. "Me muero de ganas.

Y de verdad, de verdad que no puedo. ¿Porque esto? ¿Los brazos de Nate rodeándome, sus ojos brillando de amor y deseo, toda nuestra vida extendida ante nosotros como una aventura sin fin? Es todo lo que siempre he querido. Todo lo que nunca soñé merecer.

Pero yo sí. Nosotros lo hacemos. Y mientras corremos cogidos de la mano hacia el coche entre una lluvia de arroz y gritos de alegría, sé en mis huesos que esto es sólo el principio. Que no importa lo que la vida nos depare, lo afrontaremos juntos.

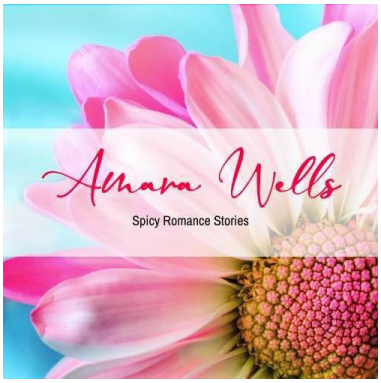
Liv y Nate, para siempre.

El fin

Sigue mi perfil de Amazon si te ha gustado y quieres que te avise cuando escriba más libros.

Agradezco cualquier valoración o crítica. Gracias.

Sobre Amara Wells



Amara Wells es una apasionada narradora especializada en novelas románticas picantes que traspasan los límites del deseo. Aficionada a explorar lo prohibido, teje historias de amor inesperado, química chisporroteante y drama desgarrador que mantienen a los lectores pasando páginas hasta bien entrada la noche.

Nacida y criada en la costa oeste, Amara se aficionó a las novelas románticas desde muy joven, a menudo cogiéndolas a hurtadillas de la estantería de su madre. Esta temprana fascinación floreció hasta convertirse en una auténtica pasión por escribir sus propias historias picantes con un toque especial.

Sigue su perfil de Amazon para estar al día de sus últimos lanzamientos.